

Consideraciones histórico-metodológicas para el estudio del pensamiento cubano

Un país sin las tradiciones de Cuba, y sin la historia de Cuba, no habría podido arribar en esa fecha [1959] a un triunfo de esa naturaleza [...] Pero un país con las tradiciones de Cuba, sin las concepciones esenciales del marxismo-leninismo —sobre todo en una serie de cuestiones esenciales— no habría podido tampoco, de ninguna manera, arribar a un paso de avance semejante (Castro, F. 43^a, pp. 15-16).*

El estudio de la evolución de los ideales nacional-liberadores y de emancipación social en Cuba en el siglo XX, desde la perspectiva del debate ideológico finisecular, exige, entre otros aspectos esenciales, tener en cuenta la problemática de la intervencionalidad de lo nacional y lo internacional en el proceso de conformación de la autoconciencia nacional, en tanto expresión de los nexos de la historia de Cuba y la historia universal, toda vez que se trata de un país que nace como colonia y transita hacia el neocolonialismo, proceso en el cual surgen y se desarrollan la nacionalidad y la nación misma, al consolidarse en la lucha por la liberación nacional y en su preservación una vez alcanzada, en estrecha interconexión con la emancipación del hombre de distintas formas de explotación socioeconómicas, en cuanto estas se convertían en trabas para el desarrollo social.

El estudio de esos ideales en nuestra época, por ello mismo, debe necesariamente tener en cuenta, al menos, cinco aspectos metodológicos de carácter lógico e histórico:

- Los momentos claves en los cuales se han producido cambios cualitativos en la línea siempre ascendente hacia posiciones cada vez más avanzadas, en consonancia con las transformaciones sociales internas y externas.

* Todas las citas de Fidel Castro y Ernesto Che Guevara incorporadas a este libro han sido revisadas y cotejadas por su autora.

- El aparato teórico conceptual capaz de captar los nexos entre las diversas esferas de la producción espiritual que la ideología sistematiza, desde diferentes y aun contrapuestos intereses socioclasistas, y la relación de las ideas que expresan las peculiaridades internas y las predominantes internacionalmente, en una época histórica determinada, en la conformación de la autoconciencia nacional en las diferentes etapas del devenir histórico, captadas en su movimiento interno.
- El contenido y estructura del término articulación, en función del concepto que capta, específicamente, la interrelación entre las tradiciones nacionales progresistas y revolucionarias y la ideología del proletariado en el siglo XX, en Cuba, en sus diferencias esenciales con otras formas precedentes de vinculación de lo nacional y lo internacional en la esfera de la ideología, y de inserción del marxismo y el leninismo en las culturas nacionales en otras regiones del mundo.
- La interconexión de las concepciones sociofilosóficas y político-filosóficas con las ideas en torno a la historia en tanto historia de la cultura que desempeña las funciones de ciencia, memoria de los pueblos y arma de la lucha ideológica, con la política y la cultura.
- El lugar y papel del hombre en su condición de integrante de determinada clase o sector etnocultural, como sujeto y objeto del devenir social: de la cultural, la historia y la política, y muy especialmente en el proceso mismo de esta articulación en la pasada centuria.

Un enfoque de esta naturaleza permitiría captar la articulación de las tradiciones nacionales, a partir del pensamiento martiano, y el marxismo y el leninismo, en la obra teórica y práctico-revolucionaria de los fundadores de la ideología del proletariado en Cuba, y de sus continuadores más destacados, en cuatro direcciones fundamentales:

- Los fundamentos ontológicos, epistemológicos y metodológicos de esta articulación, a partir de los nexos de continuidad, ruptura y superación, entre el método histórico-político martiano de conocimiento de la sociedad, en sus mediaciones socioculturales, y la concepción materialista de la historia.
- El humanismo como rasgo caracterizador del proyecto revolucionario en sus diversas etapas, en tanto consecuencia de la intervencionalidad de los ideales nacional-liberador y de emancipación humana.
- El proyecto nacional-liberador anticolonial y antineocolonial y antiimperialista y su fundamentación en las tradiciones nacionales revolucionarias, como elemento de continuidad.
- El ideal de república en su evolución interna, especialmente en su proyección socialista contemporánea, como factor esencial de los nexos

de ruptura y superación, y como vía para garantizar la independencia, la soberanía y la existencia misma de la nacionalidad y la nación, en el mundo contemporáneo.

Nuestro objeto de estudio es, precisamente, el análisis de algunos de los elementos esenciales entre los que forman parte de la articulación de las tradiciones nacionales progresistas y revolucionarias, en su expresión sintetizadora y sistémica en el pensamiento de José Martí, y las concepciones de Marx, Engels y Lenin, en la obra escrita y práctico-revolucionaria de los fundadores de la ideología del proletariado en Cuba, y sus continuadores más destacados —desde Mella y Villena hasta Fidel Castro— en los dos primeros de estos cuatro planos de un proceso que, consideramos, transcurre de forma lógico-natural, consecuentemente vinculado con las transformaciones histórico-concretas nacionales e internacionales.

El interés esencial de este estudio es el siglo XX. Pero la comprensión de lo que ha acontecido en la centuria que ha concluido, resultaría imposible si no partimos de una visión general del proceso de formación de la autoconciencia nacional en el contexto del proceso de nacimiento y desarrollo de la nacionalidad y la nación cubanas.

Con el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, se inicia la última etapa de la lucha del pueblo cubano por su plena independencia. El 1.º de enero de 1959, casi un siglo después del Grito de Yara, en la última de las colonias iberoamericanas en liberarse de España, y la primera experiencia neocolonial yanqui en “Nuestra América”, culminaba con la toma del poder político por las masas humildes que para Martí eran el jefe de las revoluciones, la fase insurreccional de la última Revolución Nacional-Liberadora Cubana. Se abría de este modo una nueva etapa de la historia de Cuba y del continente latinoamericano, signada por un hecho irreversible: era posible derrotar al imperialismo norteamericano. La mayor de las Antillas se convertía en el primer territorio libre de América, e iniciaba el tránsito hacia el socialismo a noventa millas del país más poderoso del mundo.

Varias décadas de agresiones de todo tipo no han podido doblegar al pueblo cubano, empeñado en construir una sociedad de justicia social para los humildes y de respeto a la dignidad plena del hombre que Martí aspiraba a alcanzar en 1895. Semejante hazaña, que exigió la realización de dos revoluciones anticoloniales contra España y dos revoluciones antiimperialistas en los siglos XIX y XX, respectivamente, no constituía, para algunos, prueba suficiente de la voluntad y capacidad del pueblo cubano para encontrar su propio camino hacia el socialismo, luego de la desintegración de la URSS y el campo socialista en Europa Oriental. Pero a varios lustros de la caída del muro de Berlín, a pesar del incremento de las agresiones de todo tipo, Cuba sigue existiendo como nación libre y soberana que proclama su fe y su filiación socialista, martiana, marxista y leninista, y comienza a recuperarse económicamente.

Todo ello tiene lugar, sin embargo, en un mundo que avanza hacia la mundialización planetaria de signo neoliberal, bajo el hegemonismo norteamericano, que aspira a implantar una cultura homogeneizada que borre de la memoria de los pueblos, las luchas por su liberación y las ideas de quienes fueron sus paladines más señeros. El recuento de los nexos de continuidad, ruptura y superación del devenir histórico cubano y su expresión en las ideas constituye un primer paso para la comprensión de este fenómeno en sus esencias más profundas.

Presupuestos teórico-metodológicos para el estudio de los ideales nacional-liberador y de emancipación humana en Cuba

La captación —en el desarrollo de los ideales nacional-liberadores y de emancipación humana, desde el surgimiento de la nacionalidad y la conformación de la nación cubanas— de aquellos aspectos esenciales que han dado origen a cambios de calidad en el proceso de su devenir, exige tener en cuenta, como punto de partida del análisis, varios problemas esenciales: a) la relación entre lo general y lo particular, lo nacional y lo internacional, como proceso en sí mismo; b) el grado de coherencia sistémica entre las diversas esferas de la producción espiritual que se integran en la ideología; c) la medida en que estos ideales se corresponden con la realidad social en cada momento histórico.

La dilucidación de tales problemas obliga a fijar la atención a nuestro juicio, en un conjunto de presupuestos teórico-metodológicos, entre los que deben destacarse los siguientes:

- La delimitación de los conceptos, categorías y valores que permiten aquilatar la interrelación de las diversas esferas que confluyen en la formación de estos ideales en su evolución histórica.
- La función que estos desempeñan en el develamiento de los problemas principales y fundamentales y sus soluciones posibles.
- La asunción crítica y creadora de aspectos de las fuentes teóricas nacionales y planetarias como proceso en sí mismo, y su interrelación coherente y sistémica.
- El develamiento de la evolución histórica de los elementos de continuidad, ruptura y superación, en la ideología de las diferentes clases y sectores sociales.
- Los núcleos conceptuales y valorativos diferenciadores de las corrientes progresista y revolucionaria de cada etapa, y antagónicamente contradictorios entre estas, y las concepciones reaccionarias antinacionales.
- La correspondencia de estos ideales con las necesidades, intereses, medios, objetivos y fines de las diferentes clases, sectores socioeconómicos y grupos etnoculturales y raciales.

- El papel que han desempeñado históricamente las ideas en la comprensión de las contradicciones y los problemas principales y fundamentales, y como elemento movilizador de la actividad práctico-transformadora de las masas populares.
- La repercusión de las contradicciones y problemas sociales en la conformación sistematizadora del aparato teórico conceptual de las diversas esferas de la producción espiritual.
- La correlación entre la asimilación de elementos del acervo cultural e ideológico epocal planetario y los nexos entre el desarrollo histórico-concreto de la sociedad cubana y el contexto mayor —continental y mundial.
- La ubicación en la estructura clasista, de los portadores de las diversas corrientes de pensamiento.
- La elaboración de los criterios a seguir en la clasificación y periodización de las corrientes de pensamiento en Cuba y en América Latina, en oposición al traslado mecánico de presupuestos originados en otras latitudes, a partir de las diferentes funciones, filiación clasista y sesgo progresista o reaccionario, de determinadas corrientes del pensamiento europeo en este lado del mundo.

Sin pretender una periodización de la historia de Cuba y de la evolución de las ideas, a partir de 1790 pueden considerarse varios momentos claves¹ del desarrollo del ideal nacional-liberador y de emancipación humana, desde la perspectiva de la articulación de las tradiciones nacionales revolucionarias —sistematizadas y superadas por Martí— y la ideología del proletariado (ver: Miranda, O. 132, 134, 136):

- La gestación de la nacionalidad y la nación cubanas, 1790-1868.
- Primeros embates de la nación cubana contra la dominación colonial, 1868-1884.
- La nación cubana frente a la dominación colonial y a la amenaza imperialista, 1887-1898
- La frustración de la independencia nacional y el surgimiento de la neocolonia, 1898-1920
- La nación cubana en la etapa de lucha contra el imperialismo: las revoluciones de liberación nacional y su proyección socialista, 1920-1958
- La nación cubana libre y soberana: la Revolución en el poder, 1959.

En este momento pueden considerarse tres períodos² en lo que concierne a la relación que Fidel Castro establece entre historia y política, eje de nuestro análisis:

- La culminación del proceso nacional-liberador y el tránsito hacia el socialismo, 1959-1961.

- El inicio de la construcción de la sociedad socialista, 1961-1989.
- La Revolución Cubana ante la caída del socialismo en la URSS y Europa del Este.

Antes de establecerse la república neocolonial, el pensamiento martiano era prácticamente desconocido en la Isla, entre otras razones, porque el grueso de su producción periodística y literaria se publicó en la América Latina o en los Estados Unidos, y la directamente relacionada con la organización del Partido Revolucionario Cubano y de la guerra revolucionaria tuvo como escenario la emigración, principalmente la residente en los Estados Unidos: discursos, artículos publicados en *Patria*, etc. (ver: Miranda, O. 132 y 134). En los artículos periodísticos —“Escenas norteamericanas”, por ejemplo—, Martí desarrolla su visión sobre los Estados Unidos; en otros casos se refiere a la realidad latinoamericana y a los peligros que para sus pueblos implicaba el surgimiento del imperialismo, a cuyas esencias se acerca como ningún otro latinoamericano de su época, adelantándose incluso a Lenin, quien analizará este fenómeno en su plena madurez. Insiste también Martí en temas de tanta importancia como la lucha de clases y la revolución social. Pero en la obra directamente vinculada con la Revolución, incluida la correspondencia con sus más cercanos colaboradores, cuando temas como estos aparecen, se expresa con extrema cautela —tal es el caso de los artículos publicados en *Patria*—, en primer lugar, por razones tácticas y estratégicas: eludir la intervención norteamericana en las actividades revolucionarias que debía desplegar en este país; no dar pretextos para una intervención en los asuntos cubanos; etcétera.

A todo ello se suma el poco interés de la política oficial pro-imperialista de la república neocolonial, por dar a conocer un pensamiento tan avanzado para su época, que además, hubiera sido una denuncia irrefutable de la traición a los ideales nacional-liberadores y de emancipación humana de las luchas del pueblo cubano durante tres décadas. La obligada referencia al lugar cimero de Martí en la organización de la revolución, estuvo acompañada en la mayoría de los casos, de la tergiversación o el silencio de las aristas más avanzadas de sus ideaciones.

No fue hasta que Gonzalo de Quesada inició la publicación de sus obras, en la segunda década del siglo XX, que surge la posibilidad de que la esencia de sus concepciones más radicales pasaran a ser patrimonio colectivo de las nuevas generaciones revolucionarias. No obstante, y sin duda, bajo la influencia de lo que hasta entonces pudo ser conocido, los más honestos entre sus colaboradores más cercanos, junto a buena parte de la masa de combatientes de la revolución que Martí iniciara, asumieron una posición de repudio a la intervención militar norteamericana y a los instrumentos de consumación del neocolonialismo: Enmienda Platt, instauración de una base militar yanqui, Tratado de Relaciones, Tratado de Reciprocidad Comercial, y a las intervenciones abiertas o solapadas en los asuntos internos del país.

En tales condiciones, la asunción plena del pensamiento martiano fue en sí misma un proceso en el que pueden establecerse momentos cualitativamente diferenciados, entre otras razones, por: a) las posibilidades materiales de acceso a sus textos; b) el origen y posición de clase de quienes se dieron a la lectura de sus obras; c) el nivel cultural y la formación ideológica desde la cual se asumieron sus ideales; d) el momento histórico-concreto en medio del cual se accede a sus ideas; e) las corrientes de pensamiento predominantes en el medio ambiente histórico y su influencia en la formación individual de sus lectores, entre otros aspectos a tener en cuenta.

Podría considerarse la existencia de cuatro momentos principales³ en esta asunción del ideario martiano en la república neocolonial, a partir de los rasgos predominantes de esta asimilación en cada uno de ellos, no tanto en lo que se refiere al grado de generalización que alcanzaron, sino en lo concerniente a la influencia en la evolución hacia posiciones cada vez más avanzadas en el contexto de los ideales naciona-liberadores y de emancipación humana en el siglo XX:

1. La herencia martiana y el antiimperialismo liberal de corte positivista, 1898-1920.

Frente a la retórica oficial mixtificadora e interesada en ocultar su ideario se manifestaron tres tendencias fundamentales:

- La que asumen intelectuales y pensadores políticos procedentes de las filas independentistas, que se vinculan a la vida política del país en diferentes instituciones, en su mayoría de origen pequeño burgués (predominante en las primeras dos décadas de la república neocolonial), imbuidos de ideas liberales de corte positivista a las que permanecen fieles.

Se trata de la tendencia más influyente en la evolución de la autoconciencia nacional en estas décadas, en lo que concierne a la transformación del antianexionismo en antiinjerencismo y antiimperialismo, y se expresa en la denuncia de las transgresiones del derecho internacional, las consecuencias económicas de la intervención y el análisis del fenómeno imperialista desde una óptica sociofilosófica, pero en los marcos de la tesis de que sólo la “virtud doméstica” y la evolución de la sociedad cubana podían conducir a la plena independencia, mediante la lucha parlamentaria, sin la “peligrosa” interferencia de acciones populares ni de organizaciones clasistas o etnoculturales que podían acarrear disturbios que sirvieran de pretexto a nuevas intervenciones militares. Manuel Sanguily, Enrique José Varona y Salvador Cisneros Betancourt son representantes cimeros de esta tendencia. En ella también Juan Gualberto Gómez se inserta pero desde los intereses de las organizaciones en favor de la igualdad racial.

- La que se expresa en la repulsa popular a la injerencia extranjera —a través, sobre todo, de las organizaciones obreras—, vinculada a la lucha por las demandas sectoriales, que también avanza hacia el antiimperialismo, en el contexto del predominio del reformismo y el anarcosindicalismo y, en menor medida, bajo la influencia del socialismo utópico y el socialismo marxista, en lo que se refiere a intentos de fundar partidos políticos proletarios.

Nos referimos al inicio del proceso que conduciría, a partir de los años veinte al ascenso del proletariado cubano desde las luchas económicas a las políticas, al convertirse de clase en sí en clase para sí. Diego Vicente Tejera y Carlos Baliño son los exponentes más destacados de las ideas de esta tendencia, en la que se agrupan también otros colaboradores de Martí en la fundación del Partido Revolucionario Cubano, así como el joven periodista manzanillero Julio César Gandarilla, quien insiste en la importancia de canalizar la repulsa popular, sobre todo proletaria, como medio de lucha contra la penetración imperialista.

- La tendencia que comienza a aflorar entre los historiadores antiplattista, empeñados en demostrar que Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos, en oposición a la historiografía oficial seguidora de las concepciones anexionistas prevalecientes en los Estados Unidos, en cuyo contexto se produce lo que se ha denominado “renovación de los estudios históricos cubanos” desde posiciones antiimperialistas, anticlericales y objetivas, fundamentadas en lo esencial en el liberalismo de tono positivista, que significó hasta cierto punto, la vuelta a las concepciones martianas sobre la historia: Fernando Ortiz, Ramiro Guerra y Emilio Roig de Leuchsenring, se destacan en este grupo.

En términos generales, y por diversas razones, casi ninguna de estas tendencias alcanza la profundidad y el realismo del análisis martiano sobre la sociedad, ni su clarividencia en el desentrañamiento de parte de la esencia del fenómeno imperialista; ni el radicalismo de su democratismo antiimperialista.

Son en general, escasas las referencias al antiimperialismo martiano, y ni aun Baliño se refiere en sus textos de manera profunda y sistemática, a las ideas esenciales de Martí sobre ese fenómeno, a pesar de lo avanzado de estas para su momento histórico. Los intentos de Baliño de abordar el imperialismo desde el marxismo y el leninismo anuncian el cambio de calidad que tendría lugar a partir de los años veinte, pero el amigo y colaborador de Martí, lo que hace en este sentido es traducir obras de autores norteamericanos que prologa. En sus textos, por otra parte, se evidencian las limitaciones de su propia formación marxista.

2. El redespertar de la conciencia nacional, el rescate del pensamiento martiano y su articulación con el marxismo y el leninismo, 1920-1953.

La necesidad de dar continuidad al proyecto nacional-liberador martiano en nuevas condiciones históricas, signadas por el desarrollo del neocolonialismo imperialista, contra el cual llamara Martí a los pueblos de América Latina a unirse en la lucha por la segunda independencia —la económica— y la inminencia del inicio de la llamada etapa de la crisis permanente de la economía cubana tras el impacto de las crisis económicas de inicios y finales de la década del veinte del siglo XX, y el conocimiento de la obra martiana y del marxismo y el leninismo, son algunos de los factores que conducen a este redespertar de la conciencia nacional, en cuyo contexto se inicia el proceso de articulación de las tradiciones nacionales revolucionarias —sintetizadas y radicalizadas por el pensamiento martiano— y la ideología del proletariado.

La ofensiva cultural e ideológica norteamericana que genera entre otros factores, el afán de frenar el auge del movimiento obrero y comunista y de la lucha nacional-liberadora propiciados por la Revolución de Octubre, la participación decisiva de la URSS en la derrota del fascismo y la creación del campo socialista, todo lo cual implicó la divulgación —más allá de las fronteras europeas— de la ideología del proletariado, propiciaron en Cuba, en lo que a la difusión del pensamiento martiano se refiere, que además de la retórica oficial, se manifestaran intentos por interpretar la historia del país y de las tradiciones nacionales, desde la óptica de corrientes de pensamiento de orientación irracionalista, espiritualista o neotomista, enfiladas contra el liberalismo de corte positivista en sus manifestaciones más avanzadas y muy especialmente contra el marxismo.

La lucha ideológica se incrementó en la esfera de las ideas filosóficas, filosófico-sociales, éticas y político-filosóficas, en la misma medida en que, en el terreno de las ideas político-sociales y en la práctica revolucionaria, crecía la influencia del movimiento obrero, del Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda, a lo que contribuyó sin duda la existencia de momentos de semilegalidad y legalidad, seguidos, como se sabe, por etapas de aguda represión.

En este contexto, las ideas martianas devinieron vía inicial de formación de las nuevas generaciones de líderes revolucionarios y fuente importante del pensamiento de la izquierda en general, junto a la reinterpretación de la historia nacional, en el momento de auge de la difusión de la ideología del proletariado en Cuba y en el continente.

Dos fueron las tendencias ideológicas fundamentales en la evolución del ideal nacional-liberador y de emancipación humana, entre 1920 y 1953, cuya irrupción en el panorama cultural e ideológico en el país, marca un cambio de calidad, también en lo que concierne a la divulgación del pensamiento martiano:

- El nacionalismo revolucionario antiimperialista de Antonio Guiteras, que expresa el intento por aplicar en la práctica, la táctica tradicional del movimiento armado en el escenario rural, y ejemplifica el primer esfuerzo por llevar a cabo la nacionalización de empresas monopolistas norteamericanas, aunque desde un gobierno que por las circunstancias históricas, a pesar de los esfuerzos de Guiteras, no podía tener, como rasgo predominante, otra posición que la reaccionaria y entreguista de la derecha pro-imperialista encabezada por Fulgencio Batista.

La influencia del antiimperialismo martiano en Guiteras es indudable, como también lo es el hecho de que la experiencia práctica iba conduciéndolo hacia la comprensión de la necesidad de lograr la unidad de las fuerzas de izquierda, el papel que debía desempeñar el movimiento obrero en las transformaciones revolucionarias y la urgencia de que estas transformaciones avanzaran hacia el socialismo, camino que se interrumpe con su asesinato en 1935, luego del fracaso de la huelga general, que de hecho constituyó la última batalla de la revolución de 1933.

- El antiimperialismo marxista y leninista —objeto de análisis del estudio que hemos emprendido—, corriente en la que se produce la articulación de las tradiciones nacionales progresistas y revolucionarias con las ideas de Marx, Engels y Lenin —especialmente a partir del pensamiento martiano, como punto de partida en la formación ideológica de las figuras más significativas entre las nuevas generaciones de revolucionarios cubanos del siglo XX y en la obra de los fundadores de la ideología del proletariado en Cuba y sus más significativos continuadores, dentro o fuera del primer Partido Comunista— marca un radical cambio de calidad en la evolución del pensamiento revolucionario en el país, independientemente de su alcance en el ámbito nacional.

La tendencia reformista “nacionalista”, presente desde los albores de la república neocolonial, adquiere mayor preponderancia con la fundación, por Eduardo Chibás en 1947, del Partido Revolucionario Cubano (Ortodoxos), entre otras razones porque, surgido en los momentos en que se inicia la “guerra fría” y la influencia del macartismo en Cuba y en América Latina, fue, bajo la consigna de la lucha contra la corrupción administrativa, fue el marco institucional de un movimiento de masas paralelo en el tiempo a la desvertebración del movimiento obrero unitario, la expulsión por la fuerza de los comunistas de la Confederación de Trabajadores de Cuba y el consecuente aislamiento y persecución del Partido Comunista, lo que contribuyó a que se agruparan en sus bases elementos de izquierda, sobre todo entre la juventud, los intelectuales, la pequeña burguesía y también entre los trabajadores. De estos elementos

de izquierda surgiría la nueva fuerza revolucionaria que encabezaría, Fidel Castro, devenido tempranamente líder de los sectores más radicales dentro de este partido⁴ y en especial de su organización juvenil.

Caracteriza este momento en el orden ideológico entre las fuerzas revolucionarias más radicales, la convicción de que la revolución nacional-liberadora en Cuba debía ser dirigida por la clase obrera y sus aliados naturales, y que para su triunfo y permanencia tenía necesariamente que proyectarse hacia una nueva etapa —la socialista— en algún momento de su desarrollo, por la articulación del marxismo y el leninismo y las concepciones más radicales del pensamiento martiano, y por la reinterpretación de las ideas del Maestro y de la historia nacional a partir de la concepción materialista de la historia.

Es esta tarea una de las que desarrollan los fundadores de la ideología del proletariado en Cuba: Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, y sus continuadores: Juan Marinello, Raúl Roa, Pablo de la Torriente Brau, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, entre otros, imbuidos, de forma más o menos consciente, por un conjunto de presupuestos teórico-metodológicos implícitos en el ideario martiano, a los que acceden probablemente a partir de la comprensión de los resultados obtenidos por el Maestro —en la aplicación consecuente de su método histórico-político de comprensión de la sociedad, a la realidad nacional e internacional de su momento histórico— y la influencia de la concepción martiana en torno a la relación de lo nacional y lo internacional en la formación cultural e ideológica de los pueblos latinoamericanos, que en alguna medida deben haber constatado en el estudio de sus obras, y que de hecho desarrollan al asumir la concepción materialista de la historia.

3. El pensamiento martiano, el marxismo y el leninismo en Fidel Castro: *La historia me absolverá*, 1953-1958.

Con la formación de una nueva fuerza revolucionaria en el país —la Generación del Centenario— y el asalto al cuartel Moncada en 1953, Fidel Castro se proyecta como jefe de la última etapa de la lucha nacional-liberadora y antiimperialista en Cuba, fase final del proceso revolucionario de casi un siglo de duración que libró el pueblo cubano por la independencia nacional (ver: Castro, F. 19).

Sin duda este momento expresa un trascendental cambio cualitativo en la articulación del ideario martiano y la ideología del proletariado, que se ~~expresa~~ simbólicamente en las frases pronunciadas por Fidel Castro en el juicio que se le sigue por el asalto a la fortaleza santiaguera: “Martí es el autor intelectual, y quien no haya leído a Lenin, es un ignorante”, cuya significación abarca, sobre todo, el surgimiento de una táctica y estrategia nuevas, creadoras, en la evolución del ideal nacional-liberador y de emancipación humana a lo largo del siglo XX en Cuba y en la América Latina, que enriquece la teoría revolucionaria marxista y leninista en el

momento más álgido de la “guerra fría” y la penetración cultural e ideológica del imperialismo norteamericano en el continente.

4. El pensamiento martiano, el marxismo y el leninismo en la nación libre y soberana: la Revolución en el poder.

El triunfo de la Revolución Cubana el 1ro. de enero de 1959 marca también una etapa cualitativamente distinguible en el proceso de articulación del ideario martiano con la ideología del proletariado —a partir de la aplicación a escala nacional de una nueva táctica y estrategia— en la labor de concientización ideológica de las masas populares, cuyos orígenes se remontan a *La historia me absolverá*. Hemos denominado esta etapa “La articulación del ideario martiano y la ideología del proletariado después del triunfo de la Revolución Cubana”, y en ella pueden distinguirse, al menos, tres momentos cualitativamente diferenciables en el contexto de su continuidad lógica e histórica:

- El pensamiento martiano y la ideología del proletariado en el tránsito hacia el socialismo, 1959-1961.
- El pensamiento martiano y la ideología del proletariado en los inicios de la construcción del socialismo (1961) hasta fines de la década del ochenta.
- El pensamiento martiano y la ideología del proletariado a partir del inicio de la destrucción del socialismo en la URSS y Europa del Este (fines de los años ochenta hasta nuestros días).⁵

Para esta delimitación se ha tenido en cuenta esencialmente, el papel determinante desempeñado por Fidel Castro en el proceso de formación de todo un pueblo que, nucleado bajo las banderas de la lucha contra Batista, emprende a partir de 1959 un vertiginoso proceso evolutivo que lo conduce hacia el antiimperialismo y hacia la comprensión de la necesidad de la proyección socialista de la revolución como condición de su continuidad histórica y de la preservación no sólo de la independencia y la soberanía nacionales sino, además y sobre todo, de la esencia y la existencia misma de la nacionalidad y la nación cubanas y de la identidad nacional y cultural.

La articulación del pensamiento martiano y la ideología del proletariado en el contexto de la identidad cultural y nacional cubana

La problemática y el problema de la identidad en sus connotaciones filosóficas⁶ y socioculturales, como ha sido señalado por estudiosos del tema, de una forma u otra ha estado presente a lo largo de la evolución del pensamiento en muy diversos confines del planeta. La paradoja del barco

de Teseo da cuenta de su impronta en el mundo griego. Sin embargo hasta hoy no ha podido ser esclarecido convincentemente. Y es que se trata de una problemática que se inscribe por derecho propio en el amplio objeto de estudio de lo que se ha denominado “pensar complejo” que, a diferencia del pensar simple —no simplista—, asume la existencia de paradojas teóricas como expresión de la creciente complejización de la realidad misma, en cuyo ámbito la forma social del movimiento de la materia es plasmación significativa. No obstante, el hombre no ha renunciado a su dilucidación. Consecuentemente con el papel que desempeña en la evolución de la identidad cultural, la ideología se inserta también en este objeto de estudio (ver: Monal, I. 138).

Con el descubrimiento y colonización de América, la problemática y el problema de la identidad cultural humana se expresó como problema filosófico —como se ha señalado, el de mayor interés en la denominada neoescolástica del siglo XVI—, tanto en la Península como en el Nuevo Mundo, en las polémicas en torno a si los habitantes de América podían ser o no incluidos dentro de la especie humana, y si eran capaces o no de asimilar la cultura europea, tras lo cual se debatía en realidad sobre las formas, violentas o no, del ejercicio del derecho de conquista —reconocido por todos los polemistas— expresado en el régimen de encomienda, la apropiación de tierras y riquezas y el dominio económico y político sobre esta parte del mundo por la Corona. Unido a ello se debatió también en torno a los medios que debía utilizar la Iglesia católica para catequizar a la población autóctona (ver: Monal, I. 138^a y 142).

El contacto directo de los conquistadores, con pueblos que atravesaban por fases de desarrollo económico social anteriores al feudalismo y al naciente capitalismo, diferentes etnocultural y racialmente, ~~de los conquistadores~~, incentivó el interés por el estudio de estas culturas desconocidas hasta entonces y la reflexión en torno al origen de estas diferencias, vía por la cual se expresó, de hecho, la problemática de la identidad cultural, fundamentalmente desde las perspectiva de los conquistadores. No faltó la visión de los conquistados, cuando sus descendientes adquirieron la cultura necesaria para ello: los *Comentarios reales* del Inca Gracilaso son un buen ejemplo.

La esclavitud de los negros africanos hizo más complejo aún el proceso de transculturación y sincretismo religioso, que dio origen a los pueblos latinoamericanos, surgidos en definitiva de la interrelación de tres troncos etnoculturales y sociales diferentes entre sí, y también en su interior, toda vez que tanto entre los conquistados como entre los conquistadores había notables distinciones culturales. Baste señalar que todavía hoy España es en realidad un país compuesto por nacionalidades bien diferenciadas culturalmente.

En el siglo XIX, con el surgimiento y agudización de las contradicciones políticas entre España y sus colonias de América, aparece el problema de la identidad nacional en el contexto de la lucha por la liberación nacional, en pueblos donde la estructura socioclasista se

entrelazaba con el complejo mosaico etnocultural y racial, que hacía mucho más difícil la integración nacional, no lograda aún plenamente, sobre todo en aquellas regiones donde la población indígena ha permanecido en gran medida marginada política, social, cultural y económicamente. Por todo ello, es comprensible que el interés que en las últimas décadas se ha evidenciado en la América Latina por la problemática y el problema de la identidad —en los planos teórico-filosófico e histórico-concreto— tiene antecedentes muy remotos en el tiempo, y entre sus componentes —como corresponde a pueblos que se han ido conformando como tales en el ámbito de la lucha por la liberación nacional y la emancipación del hombre de diferentes formas de explotación, a lo largo del devenir histórico—, los elementos políticos y socioclasistas lógicamente han tenido especial significación como ejes centrales del surgimiento y desarrollo de las culturas nacionales y de la nacionalidad y la nación en sí mismas.

La penetración cultural imperialista, meticulosamente planeada en los últimos tiempos (documentos como Santa Fe I y II así lo demuestran) con el propósito de contribuir a la implantación del modelo neoliberal como única opción para los pueblos del llamado Tercer Mundo a nivel mundial, no ha hecho más que incrementar esta reflexión en momentos en que —tras la caída del muro de Berlín, proceso en el que planes similares dieron resultados satisfactorios— se afirma que la historia ha llegado a su fin como consecuencia de la mundialización planetaria, en cuyo ámbito la globalización económica debe servir de base a la homogeneización de la cultura en un mundo unipolar bajo la égida política norteamericana (ver: Bouchey, F. 98). Lógicamente, semejante pronóstico ha suscitado en los pueblos latinoamericanos una mayor preocupación por la preservación de los valores culturales propios y, consecuentemente con ello, un mayor interés por la problemática de la identidad cultural, cuyo análisis exige, hoy más que nunca, un enfoque multidisciplinario, interdisciplinario y transdisciplinario que abarque, entre otras, la importante arista en nuestro medio de la relación de lo que identifica y diferencia a los pueblos entre sí en una época histórica determinada, en lo que concierne a la formación cultural de conglomerados humanos donde, en ocasiones, la nacionalidad está todavía por consolidarse, y la nación no ha alcanzado la libertad y la soberanía reales.

Se ha afirmado con razón, que la dialéctica materialista es una de las expresiones del pensar complejo al que hemos hecho referencia; de aquí que la concepción materialista de la historia resulte imprescindible como teoría y método en el análisis de la problemática de la identidad cultural y de la ideología como elemento estructural de esta en pueblos cuya historia ha sido condicionada por la lucha por la liberación nacional, como los latinoamericanos (ver: Monal, I. 139 y 139^a).

Si entendemos la ideología como la sistematización de elementos de diversas esferas de la producción espiritual humana, mediante la cual se expresan la visión del mundo —en especial de la sociedad— y los objetivos

medios y fines de su transformación —de acuerdo con los intereses de determinadas clases, en las condiciones histórico-concretas nacionales e internacionales de una época histórica específica—, el análisis de la interrelación de las tradiciones nacionales progresistas y revolucionarias y la ideología del proletariado, en la evolución del pensamiento político y social, lleva implícito el estudio de las concepciones filosóficas, éticas, filosófico-sociales, político-filosóficas y económicas, en tanto fundamento teórico de los proyectos nacional-liberadores y de emancipación humana y del modelo de sociedad al que se aspira, en su devenir histórico y en su estadio presente (ver: Limia, M. 119). Semejante análisis adquiere mayor complejidad en el contexto de los debates que, desde la década del sesenta, se han venido produciendo en América Latina en torno a la existencia de una nueva etapa de crisis del marxismo, agudizados a partir de la destrucción del socialismo en la Unión Soviética y Europa del Este, cuya influencia, por el caos ideológico que produjeron los acontecimientos de principio de los noventa, es evidente. Para algunos, tales sucesos han sido consecuencia, no de una peculiar interpretación de la obra de los fundadores de la ideología del proletariado, sino de los presupuestos esenciales de la teoría marxista —y sobre todo leninista— y de la propia concepción del socialismo por ellos formulada.

Por todo ello, hoy más que nunca, el estudio de los nexos entre las tradiciones nacionales revolucionarias y progresistas y la ideología del proletariado mediante la articulación con el pensamiento martiano, resulta imprescindible en nuestro medio para demostrar que su asunción crítica y creadora constituyó la vía necesaria de desarrollo de esas tradiciones hacia posiciones cada vez más avanzadas. Semejante análisis impone, además, retomar algunos elementos del proceso de surgimiento y desarrollo de la ideología del proletariado que tienden a ignorar o tergiversar nuevos y viejos detractores. Entre estos elementos vale la pena insistir en los siguientes:

- La teoría y el método filosófico-marxista no resultaron una simple inversión de la dialéctica hegeliana mediante la suma ecléctica del materialismo de Feuerbach, ni una vuelta al materialismo naturalista y mecanicista de la ilustración, entre otras razones —al decir de Lenin—, por el desarrollo de las ciencias particulares y de las investigaciones históricas que exigieron los acontecimientos en que el proletariado resultó sujeto principal (ver: Lenin, V. I. 115, t. I).
- Se imponía el desplazamiento del idealismo de su último reducto —la sociedad— función que cumplió cabalmente la concepción materialista de la historia al demostrar que el devenir humano no era más que la lucha de clases —a excepción del estadio primitivo—, fruto de específicas relaciones de producción (ver: Engels, F. 105).

El marxismo y el leninismo han tenido su propia historicidad gnoseológica. Conformados en medio de agudas polémicas todavía en vida de Marx, los argumentos de este, de Engels y de los continuadores más

consecuentes en diversas épocas y latitudes, dirigidos a esclarecer su esencia como guía para la comprensión y transformación de la sociedad, mantienen vigencia porque los detractores de la ideología del proletariado reproducen en la actualidad similares invectivas, remozadas de vez en cuando con elementos resultantes de los problemas contemporáneos.

Los fundadores de la ideología del proletariado en la América Latina y sus continuadores, han tenido que terciar en polémicas cuyo trasfondo último ha resultado similar a las de los tiempos de Marx, Engels, Lenin o Gramsci. De aquí los puntos de contacto argumental de las respuestas, a pesar, a veces, del desconocimiento directo de ciertas obras de estos pensadores, no traducidas o no difundidas en América y a veces inéditas. Entre los ataques a la ideología del proletariado, resultantes a veces del desconocimiento o del silencio intencionado de aspectos medulares de sus concepciones en América Latina, habría que señalar los siguientes (ver: Aricó, J. 94; Franco, C. 108):

- La no correspondencia del marxismo y el leninismo con la realidad socioeconómica, política y cultural de los pueblos latinoamericanos, a la que se suma hoy su supuesta inoperancia en las nuevas condiciones histórico-concretas continentales y planetarias.
- La acción disolvente de las tradiciones nacionales y continentales ideológico-políticas, sociales y culturales, del marxismo.
- La identificación o los intentos por sustituir la concepción materialista de la historia como disciplina sociofilosófica, por la historia misma en toda su riqueza fenoménica y por ende en su diversidad regional y epocal.
- La supuesta índole economicista del marxismo, negadora de los ideales y los valores, especialmente los patrióticos, y del papel de los sentimientos y la voluntad en la interpretación y transformación de la sociedad, regida inexorablemente por leyes fatales cuyo desentrañamiento por la inteligencia humana no desempeña ningún papel.
- La hiperbolización de valoraciones erróneas de sus fundadores, sobre procesos sociales y hechos históricos latinoamericanos o sobre sus protagonistas.
- Uso por los clásicos de conceptos erróneos —pueblos sin historia o contrarrevolucionarios— para referirse a pueblos con estadios de desarrollo anteriores al capitalismo, sin que se analicen las condiciones histórico-concretas en que fueron formulados estos juicios, y las modificaciones que con posterioridad corrigieron, en buena medida, semejantes planteamientos (ver: Monal, I. 139).
- Pronósticos históricos que no se cumplieron porque la historia marchó por otros derroteros, silenciando que Marx, Engels y Lenin nunca se plantearon una evolución unilineal, concepción que errónea o tergiversadoramente también se les atribuye (ver: Monal, I. 139).

- Ausencia o poco desarrollo de determinados problemas o aspectos de la realidad social de su época y, a veces, la pretensión de que dieran respuesta a otros no suficientemente desarrollados o inexistentes aún en su momento histórico (ver: Monal, I. 139).
- Ignorancia intencional del ulterior desarrollo, en obras de madurez, de problemas claves que únicamente podían evidenciarse a partir de la ampliación del objeto de estudios hacia otras realidades socio históricas, una vez conformada la concepción teórica y el método de análisis que sólo podía surgir del estudio de los fenómenos sociales donde estos habían alcanzado pleno desarrollo, tal y como ocurrió con la relación entre la revolución social en los pueblos donde el capitalismo se había conformado por completo evidenciando sus contradicciones plenamente desarrolladas, y las luchas nacional-liberadoras en las colonias y neocolonias, o lo relativo al llamado modo de producción asiático (ver: Monal, I. 139 y Rodríguez, C. R. 88 y 89).

De todo lo anterior puede concluirse la importancia de un estudio de la evolución de los ideales nacional-liberadores y de emancipación humana en el continente —Cuba incluida—, a partir de la articulación de la ideología del proletariado y las tradiciones políticas, sociales y culturales nacionales revolucionarias —en su devenir histórico— para el esclarecimiento del lugar y el papel de la ideología del proletariado en nuestra época en la América Latina y en general en el Tercer Mundo.

La inserción del marxismo en la cultura a nivel planetario, tal y como esta problemática fue analizada por Marx, Engels y Lenin, o por continuadores como Gramsci, por ejemplo, ofrece elementos metodológicos útiles para analizar el proceso de fundación y desarrollo de la ideología del proletariado en Cuba y en América Latina.

Los rasgos distintivos de este proceso con respecto a otras latitudes nos condujo al concepto de articulación⁷ para distinguir la peculiaridad de los nexos entre las tradiciones nacionales revolucionarias más avanzadas, esencialmente en el pensamiento martiano, y la ideología del proletariado y su significación en el desarrollo de la identidad cultural, nacional y continental, en este lado del mundo, hijas de las peculiaridades del devenir histórico latinoamericano y de la propia evolución de las ideas en este continente. De aquí que semejante enfoque resulte imprescindible para demostrar la idoneidad de la teoría y el método marxista y leninista para la comprensión y transformación de la sociedad en países que, como Cuba, forman parte del Tercer Mundo, en el ámbito del sistema de dominación imperialista de los albores del tercer milenio.

La teoría marxista y leninista y el problema de su inserción en la cultura nacional y universal

En el debate contemporáneo en torno a si el marxismo y el leninismo resultan idóneos o no para comprender y transformar la sociedad actual,

se ha venido insistiendo en elementos que no pueden ignorarse, si lo que se pretende es conceptualizar —en su especificidad regional y epocal— los nexos entre la ideología del proletariado y las tradiciones revolucionarias y progresistas nacionales y continentales latinoamericanas. Estos elementos, además, dan respuesta a los ataques o tergiversaciones de las concepciones de los clásicos en diferentes épocas y latitudes, y permiten comprender más claramente la evolución de estas polémicas, dentro o fuera del contexto latinoamericano, desde Marx hasta nuestros días. Entre ellos habría que insistir en los siguientes (ver: Monal, I. 139):

- No es posible asumir una teoría en su etapa de madurez como algo acabado si esta —tal es el caso del marxismo y el leninismo— abarca tan vastas proporciones que rebasan los marcos estrechos de la vida de sus creadores, y porque la novedad hacía imposible el desarrollo sin dudas, deliberaciones y rectificaciones. Resulta imprescindible, pues, asumirla en su historicidad gnoseológica, teniendo en cuenta el condicionamiento también en esta dirección y el hecho de que su desarrollo no puede concebirse de forma simplista y lineal.
- Su condición de teoría inacabada implicó una constante complejización, en la misma medida en que, al dar respuesta a aspectos prioritarios de índole teórica y práctica, el avance global y el de sus diversas partes y la interrelación de estas, permitió una visión crecientemente matizada que tenía que producir cambios en los resultados ya obtenidos, proceso en el que ocupa un importante lugar la ampliación de las zonas de interés dentro del horizonte teórico de sus creadores. Entre los resultados típicos de esta creciente complejización teórica se han señalado: el esquema de evolución de los modos de producción y su repercusión consustancial en la teoría de las clases sociales y de la revolución (ver: Monal, I. 139).
- Se trata de un problema de vital importancia para entender, por ejemplo, las diferencias entre las ideas de Mariátegui con respecto a la revolución mundial del proletariado, la lucha nacional-liberadora en América Latina y la línea de la Internacional Comunista en la fructífera etapa leninista anterior a la estalinización (1929)⁸ (ver: Monal, I. 143), interpretadas de muy diversos modos en el contexto latinoamericano contemporáneo por marxistas y antimarxistas; o a la hora de analizar errores prácticos y teóricos de los partidos comunistas latinoamericanos —incluido el cubano— en diferentes momentos de su actuación histórica.
- La interpretación del concepto de formación económico-social⁹ como un modelo ideal surgido de la suma mecánica de rasgos de diferentes sociedades histórico-concretas al modo empírico, ignorando o tergiversando —en este último caso, en la línea de achacar a Marx errores ajenos a sus concepciones para atacar tales errores y no la esencia de sus planteamientos— que la conformación de tal concepto

fue realizada mediante la penetración en la esencia misma de la vida social y que, en el plano teórico, la unidad de la esencia y la diversidad del fenómeno, no pueden resolverse, como la propia teoría marxista ha demostrado, con la supresión de la esencia; ni la ineptitud de un concepto se demuestra por la no coincidencia absoluta con las manifestaciones fenoménicas de la esencia sino a partir de la demostración de su falta de coincidencia con esta última (ver: Monal, I. 139).

- La interpretación del cabal significado de aspectos claves como la teoría de las formaciones económico-sociales, de las clases y sus luchas, la evolución multilínea de la historia, la relación base y superestructura y el lugar que en ella desempeña lo económico como factor determinante en última instancia solamente, la no identificación de la concepción materialista de la historia con la historia real ni la sustitución de la una por la otra, fueron preocupaciones del propio Marx (ver: Monal, I. 139).
- El interés por ignorar que Marx advirtió oportunamente a tergiversadores y vulgarizadores, que su esbozo histórico en torno a los orígenes del capitalismo en Europa occidental no era una teoría filosófica histórica sobre una supuesta trayectoria general y única —por la que obligadamente tenían que transitar todos los pueblos, independientemente de las circunstancias específicas de su evolución histórica— para llegar al capitalismo (ver: Monal, I. 139).

El desconocimiento de obras fundamentales de los clásicos de la ideología del proletariado —no publicadas en este lado del mundo, o no traducidas al español por entonces— no fue obstáculo para que figuras como Mariátegui, Mella o Villena, se empeñaran con éxito en el análisis de la realidad histórico-concreta de nuestros pueblos (ver: Mariátegui, J. C. 74; Mella, J. A. 82, M. Villena, R. 78). Probablemente, la obra de Lenin —*El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, por ejemplo— influyó en ello. Del mismo modo, la tradición revolucionaria latinoamericana premarxista en sus expresiones más avanzadas —el pensamiento de Martí especialmente— no debió ser ajena —como principio general— al empeño de buscar, en la sociedad misma, los elementos que validaran determinadas interpretaciones teóricas foráneas ~~no referidos en Martí, por supuesto, al marxismo que en lo fundamental no conoció~~. El conocido ensayo “Nuestra América” puede servir de ejemplo (ver: Martí, J. 75, t. 6, pp. 16-17).

La plena comprensión de la esencia del marxismo en estos y en otros aspectos teórico-metodológicos, indispensable para el desarrollo de su función como guía para la interpretación y transformación de la realidad social, estuvo en el trasfondo de la labor esclarecedora de Engels, sobre todo después de la muerte de Marx. En los textos engelianos de estos años aparecen ideas claves para la comprensión de la especificidad de la inserción del marxismo en la cultura de regiones y épocas diferentes a las que le sirvieron de marco a él mismo y a Marx, para la conformación de

sus concepciones. En este sentido habría que destacar entre los argumentos esclarecedores de Engels, los siguientes: (Ver: Engels, F. 125)

- La importancia otorgada por Marx, en sus obras de madurez sobre todo, a la lucha nacional-liberadora en el contexto de la revolución socialista mundial y la necesidad del conocimiento de la historia real de cada pueblo en toda su complejidad sociocultural.
- La imprescindible revalorización crítica de las tradiciones burguesas revolucionarias, nacionales y continentales, tanto culturales como ideológicas, para el discernimiento de los elementos que el proletariado debía asumir a modo de herencia.
- La intervencionalidad del factor económico —determinante sólo en última instancia— con el conjunto de las relaciones sociales.
- Los nexos entre la sujeción a leyes del desarrollo social y el lugar y el papel de la voluntad, los sentimientos y la inteligencia en la actividad práctico-transformadora del hombre.

En la fundación del marxismo y el leninismo en América Latina, y en Cuba en particular, la difusión de las concepciones leninistas tuvo una especial significación, no sólo por ser Lenin el jefe de la primera revolución proletaria triunfante, impulsora del conocimiento del marxismo más allá de las fronteras europeas, y por el papel que desempeñó la Tercera Internacional que fundara y dirigiera hasta su muerte. Bajo la égida leninista, la Internacional funcionó como centro de debate abierto de las experiencias del movimiento revolucionario internacional (ver: Monal, I. 143), propiciando la fundación de partidos obreros marxistas y el desarrollo del movimiento sindical, también en la América Latina; pero, además, dadas las condiciones histórico-concretas de la Rusia en que concibe y dirige la revolución proletaria, y las que se crean en la esfera internacional con el desarrollo del imperialismo y el neocolonialismo, Lenin tuvo que aplicar creadoramente el marxismo en el desentrañamiento de realidades sociales epocales y regionales diferentes a las estudiadas por Marx y Engels, en lo que se refiere a la plasmación histórica de las leyes por ellos descubiertas, vinculadas estrechamente con la situación del mundo colonial y neocolonial del cual formaba parte desde mucho antes la América Latina. De ahí, entre otras razones, la influencia que ejerció en los fundadores de la ideología del proletariado en este continente (ver: Rodríguez, C. R. 88, t. I y 89).

Varias son las razones que obligan a tener en cuenta la obra leninista en un estudio sobre la inserción de la ideología del proletariado en las culturas nacionales en este continente; pues, por lo antes expuesto, en sus concepciones pudieron encontrar las figuras cimeras de la lucha revolucionaria latinoamericana en el siglo XX. ~~Así fueron sin duda en el~~

~~caso de Cuba,~~ el desentrañamiento de las causas y las leyes que regían el proceso de surgimiento y desarrollo del neocolonialismo imperialista, o los elementos para el análisis de la conformación cultural e ideológica en pueblos menos avanzados económicamente e históricamente sojuzgados, por citar sólo dos ejemplos de problemáticas que habían estado presentes en la reflexión de figuras culminantes del pensamiento y la práctica revolucionaria de este lado del mundo en la mencionada centuria, de la talla de un José Martí, en su caso muy avanzadas para la época en América Latina, tema al que nos referiremos en otro momento de este estudio.

En las ideas leninistas hay importantes elementos de carácter gnoseológico y metodológico que contribuyen a la comprensión de las especificidades distintivas de este proceso en el mundo colonial y neocolonial, en sus diferencias con lo acontecido en otras latitudes, por la atención que brindara el jefe de la Revolución de Octubre a la refutación de quienes intentaban demostrar que el marxismo constituía una ideología ajena a la realidad rusa, y por ende, pretendían negar que los bolcheviques fuesen en verdad los más genuinos herederos de las ideas y la labor revolucionaria de los demócratas revolucionarios rusos; condición que Lenin defendiera precisando las diferencias esenciales entre las ideas y las posiciones clasistas existentes entre estas dos tendencias ideológicas, de un orden distinto en no pocos casos a las que median entre el pensamiento martiano y la ideología del proletariado, como veremos más adelante.¹⁰

A modo de ejemplo, podrían señalarse algunas de las ideas leninistas que resultan útiles metodológicamente para la elaboración, en nuestros días, de un método que permita el análisis del proceso de inserción del marxismo y el leninismo en las culturas nacionales, sobre todo en los países coloniales y neocoloniales en general:

- La necesidad de la comprensión de las especificidades del marco histórico epocal y nacional para el análisis de cualquier problema social.
- La distinción de las dos etapas del desarrollo del capitalismo con relación a las clases sociales que resultaban en cada momento antagonistas principales de la burguesía: feudal y proletaria, y lo referido a la cuestión nacional: creación de los estados nacionales y la lucha contra la opresión nacional, y la del desarrollo de los vínculos nacionales en el momento de formación de la unidad internacional del capital.
- El desentrañamiento, a partir de lo anterior, de las diferencias en las posiciones de las burguesías en las colonias y neocolonias y en las metrópolis, en lo que se refiere a la posibilidad de encarnar, en el primer caso, los intereses de toda la nación bajo las banderas de su etapa revolucionaria: libertad, igualdad, etc., en el contexto de una

revolución nacional-liberadora, sobre todo en lo que concierne a las transformaciones democráticas y las reivindicaciones agrarias, y la necesaria renuncia a tales presupuestos cuando de lo que se trata es del enfrentamiento al proletariado y la reafirmación del predominio neocolonial a nivel mundial.

- El análisis —libre de la vulgarización ulterior— de la cultura nacional en sus dos dimensiones: dominante y dominada; el carácter nacional de la cultura internacionalista del proletariado, en tanto surgía de los elementos democráticos y socialistas de la cultura dominada de cada país; la necesidad del proletariado de conocer con precisión la cultura creada por toda la humanidad, de cuya evolución el marxismo era una resultante en sí mismo, no para asimilarla simplemente sino para reelaborarla en la conciencia con espíritu crítico.
- La insistencia en que “[...] el movimiento incipiente en un país joven [...] puede desarrollarse con éxito a condición de que lleve a la práctica la experiencia de otros países[...]” sin copiar, desde una postura crítica que asuma la práctica como medio de comprobar esa experiencia por sí mismos (ver: Lenin, V. I. 112, p. 58).
- Las conclusiones a las que arriba Lenin en aras de demostrar que eran los bolcheviques los verdaderos herederos de las tradiciones de los demócratas revolucionarios rusos: porque no asumen esa herencia al modo de los que archivan documentos, sino porque la desarrollan a partir de las nuevas condiciones históricas, defendiendo lo que mantiene validez y superando críticamente lo que ha caducado; porque parten en el análisis de esa tradición, de los nexos de los intelectuales y las instituciones político-jurídicas con los intereses clasistas en cada momento histórico; porque distingue entre las concepciones de una corriente determinada y las ideas específicas de sus exponentes; porque señalan que la hiperbolización de lo específico en el desarrollo histórico nacional desvinculado de lo general en la historia epocal, puede conducir a buscar en el pensamiento universal ideas que ya han sido superadas históricamente.
- Los puntos de contacto y diferencias que Lenin establece entre los marxistas y los demócratas revolucionarios precedentes: la fe en torno al desarrollo ascendente de Rusia, pero basada en que las posibilidades de un futuro mejor descansan en el desarrollo de las contradicciones internas no percibidas por los predecesores; el optimismo histórico que condujo a la lucha contra los rezagos feudales y el carácter progresista del capitalismo, pero a partir del análisis de sus contradicciones desde la perspectiva de los explotados y la distinción de estos como sujeto de las transformaciones revolucionarias, a diferencia de los ilustrados que no distinguieron a ninguna clase en el contexto de la nación en cuyo nombre hablaban; la comprensión leninista de que sólo un partido revolucionario representante de la clase cuyos intereses coincidan con el progreso social en lo nacional y lo internacional, podía apropiarse

creadoramente de la herencia ideológica y práctico-revolucionaria precedente, tanto de la burguesía revolucionaria como del proletariado internacional.

En Cuba, entre las especificidades que determinan la existencia de una articulación entre la ideología del proletariado y las tradiciones nacionales progresistas y revolucionarias, está el hecho de que los fundadores del marxismo y el leninismo se iniciaron en la lucha revolucionaria bajo la influencia decisiva del pensamiento martiano, que los indujo a buscar en el pensamiento más avanzado del siglo XX, la explicación de nuevos fenómenos no conocidos o poco desarrollados en tiempos de Martí; al mismo tiempo que la asunción de la concepción materialista de la historia les permitió desentrañar las aristas más radicales del pensamiento martiano y reinterpretar la historia nacional, elementos esenciales para la elaboración del nuevo proyecto revolucionario.

De ello se desprende la importancia que en este proceso tuvieron ~~desempeñaron~~ las ideas de Marx, Engels y Lenin relacionadas con el papel del marxismo en la evolución de los ideales revolucionarios a escala epocal planetaria, de una parte; y la función teórico-metodológica que tienen necesariamente que desempeñar en el análisis de los ideales cubanos y latinoamericanos del siglo XX desde la perspectiva de la articulación con los de la anterior centuria.

Por otra parte, el estudio realizado por Lenin sobre la relación entre los demócratas revolucionarios rusos, los marxistas y otras corrientes de la época, ofrece elementos para comprender las diferencias que distinguen lo que hemos denominado articulación en el contexto cubano y latinoamericano, sobre todo en lo que respecta al papel articulador del pensamiento martiano como exponente de los intereses de las masas populares, incluido el naciente proletariado, y su impronta en el proyecto revolucionario mismo y en sus fundamentos teórico-metodológicos generales, así como en lo referido al desentrañamiento de parte de la esencia del fenómeno imperialista apenas iniciado en tiempos de Martí. En la obra martiana aparecen aspectos de la realidad social epocal que más tarde serían desarrollados por Lenin, a cuya constatación, a veces empírica, llega el pensador cubano por caminos diferentes en el orden teórico-metodológico a los marxistas, que Lenin domina y aplica creadoramente. Esto, como veremos, constituye otro rasgo distintivo en la evolución de las ideas en Cuba, que resulta imprescindible destacar conceptualmente también en su proyección latinoamericana.

La mayor influencia de las obras de Antonio Gramsci, como se sabe, es posterior en América Latina a la etapa de fundación de la ideología del proletariado y las primeras décadas de su evolución; sin embargo, son varias las razones que obligan a tenerlo en cuenta, sobre todo en lo referido a presupuestos metodológicos de análisis del proceso de inserción del marxismo en la cultura de este lado del mundo. Entre tales razones habría que señalar las siguientes:

- La importancia que Gramsci otorga en sus reflexiones a los nexos del marxismo con la cultura de la humanidad en tanto expresión culminante de su evolución en el siglo xix, y en lo referido a los vínculos posteriores con otras corrientes de pensamiento coexistentes con los diversos momentos de su evolución histórica.
- Las coincidencias entre las concepciones gramscianas y las ideas de José Carlos Mariátegui, más allá de una relación directa entre ambos; y el hecho de que, entre las ideas del amauta y las de José Martí, existen indudables puntos de contacto¹¹ no mediados por los nexos históricos que unen al Maestro con los fundadores del marxismo en Cuba: Mella y Villena. Por ello, los vínculos de continuidad ruptura y superación entre las tradiciones ideológico-culturales nacionales y la ideología del proletariado pueden ponerse en evidencia —en el plano lógico y teórico— en aspectos poco desarrollados de la obra de los cubanos, tales como la relación historia-cultura-pensamiento revolucionario que, por la común vocación cultural en su arista artístico-literaria de la que parten Martí y Mariátegui en su acercamiento a la política revolucionaria, se hace mucho más comprensible.

Resulta de gran utilidad en este estudio comparado, tomar como punto de referencia y como instrumentos metodológicos de análisis, conceptos gramscianos, que si bien casi siempre se refieren a problemas presentes en las concepciones de los clásicos, fueron elaborados a partir de la situación nacional italiana y europea occidental, toda vez que esta resulta epocalmente contemporánea con el momento de fundación del marxismo y el leninismo en la América Latina. Entre esos aspectos de las ideaciones gramscianas habría que destacar las siguientes (ver: Gramsci, A. 109 y 110):

- La refutación del eclecticismo a partir de la consideración de que la filosofía de la praxis es suficiente en sí misma para comprender y encontrar soluciones teóricas a los nuevos problemas epocales (ver: Monal, I. 142).
- La tesis de que un grupo social puede apropiarse de los conocimientos científico-particulares de otro grupo sin aceptar los elementos ideológicos en que aparecen insertos.
- El concepto de traducibilidad con que se explica el hecho de que sea posible el enraizamiento de nuevos lenguajes científicos y filosóficos en la superestructura propia de etapas anteriores de la civilización, y la afirmación de que únicamente la filosofía de la praxis es capaz de realizar una traducibilidad orgánica.
- El reconocimiento de que al transformarse un estadio determinado del desarrollo social, no todos los elementos superestructurales vinculados a la fase precedente desaparecen al unísono, razón por la cual

superviven más tiempo las concepciones surgidas para guiar a las masas populares, en tanto han tenido que tomar en cuenta los intereses de estas.

- La consideración como error antihistórico y dogmático, de la idea de que todo el pasado filosófico es una locura, en tanto la superación de determinados sistemas no excluye su validez histórica.
- La concepción de la sociedad como totalidad, al considerar el hecho cultural junto a los económicos y los políticos, y los nexos recíprocos entre la estructura y la superestructura en su existencia real, a través de la actividad humana vinculada en la base a los intereses económicos, y la superestructura como esfera donde los hombres toman conciencia de su posición social.
- La tesis sobre la existencia de un pasado y una tradición propios de cada clase social y la necesidad de la comprensión de todos estos pasados para la creación de la historia futura, cuya realización depende de la capacidad de un grupo social determinado para identificar la línea del desarrollo social contradictoria y por ello mismo superable.
- El concepto de intelectual orgánico y su vinculación con el de hegemonía cultural, al definir al primero como aquel capaz de adecuar la cultura a la función práctica, imprescindible para que un grupo social influya y atraiga a sus posiciones a aquellos sectores y grupos subalternos que pueden coincidir con sus intereses, como paso previo a la dominación que debe ejercer sobre las clases antagónicas, así como la necesaria ruptura de esa intelectualidad orgánica con la que le antecede, lo que ocurre sólo cuando se ha producido el surgimiento de una nueva situación revolucionaria.
- Los presupuestos metodológicos propuestos para el estudio de la obra de los clásicos, válidos para el análisis de cualquier pensador o corriente ideológica.

Tales concepciones gramscianas contribuyen metodológicamente, por ejemplo, a precisión del lugar que le corresponde al pensamiento martiano como punto de partida de los cambios de calidad en la evolución de los ideales nacional-liberadores y de emancipación humana, en tanto expresión del proceso de transformación de los objetivos medios y fines de las luchas del pueblo cubano por su independencia —en lo que concierne a la estructura de clases y la función directriz de las fuerzas revolucionarias— y su plasmación en el proyecto revolucionario mismo y el modelo de sociedad.

No hay que olvidar que en el siglo xx, consecuentemente con el desarrollo de nuevas circunstancias histórico-concretas nacionales e internacionales, tanto el proyecto revolucionario como el modelo de sociedad transitan hacia una proyección socialista, como una necesidad de la profundización del carácter antiimperialista y antineocolonial con que previsoramente Martí había concebido la última de las revoluciones del

pueblo cubano contra la dominación colonial. Es este un elemento clave para la comprensión de la especificidad del desarrollo del pensamiento político y social cubano, en el contexto del enraizamiento de la ideología del proletariado en la cultura nacional.

***La articulación como determinación
de los nexos específicos entre las ideas
martianas más avanzadas y la ideología
del proletariado***

La irrupción del mundo americano en la historia de la llamada civilización occidental, de la forma abrupta y violenta que caracterizó la conquista y colonización de pueblos que se encontraban en una fase de desarrollo socioeconómico primitivo (muy diferente del alborar del capitalismo europeo que la dominación colonial contribuyó a desarrollar más aceleradamente), constituyó un importante factor de complejización de la problemática del surgimiento y evolución de una cultura propia, resultante de la transculturación y sincretismo religioso de grupos humanos de origen racial, etnocultural y socioeconómico diferentes, sobre cuya mezcla se erigió una estructura clasista específica como consecuencia de la temprana coexistencia de varios tipos de economía: esclavista, feudal y capitalista dependiente. Un importante elemento de esta complejización, además, es el hecho de que la colonización impusiera una cultura y una ideología fundamentadas en la escolástica medieval subsistente en la Península Ibérica como consecuencia, a su vez, del retraso socioeconómico de esta región con respecto a los países más desarrollados de Europa occidental, donde el Renacimiento anunciaba la transformación ideológico-cultural que la burguesía, al convertirse en clase dominante internacionalmente, acabaría por imponer en Occidente.

Sin embargo, en el mundo iberoamericano, los primeros ecos de la revolución cultural que precedió a las grandes revoluciones burguesas en Europa y en las Trece Colonias inglesas del Norte, no comenzarían a minar el sólido andamiaje ideológico colonial hasta mediados del siglo XVIII, y en Cuba, hasta la última década de esa centuria, paralelamente al surgimiento de contradicciones económicas y políticas —las principales— entre las metrópolis y sus colonias, condicionando el desarrollo y agudización de las de carácter económico y socio clasista —las fundamentales (ver: Monal, I. 142).

Este proceso propició, en última instancia, el surgimiento de un conjunto de rasgos que caracterizaron la interinfluencia de los elementos socioculturales e ideológicos que, en el seno de las colonias, se conformaron a partir de las condiciones internas y los aportes de los diferentes grupos etnoculturales que integraron la población de cada una de las regiones iberoamericanas: lo específico o particular en la conformación cultural de estos pueblos, y la cultura que se había

generalizado en Occidente, con el desarrollo capitalista europeo transpirenaico, en cuyos marcos las concepciones ideológicas ~~no~~ estuvieron en el centro de tales cambios. Entre esos rasgos podrían señalarse los siguientes:

- Penetración casi simultánea de las corrientes de pensamiento moderno europeo cuyo surgimiento, desarrollo y sucesión había durado siglos, amalgamadas con las versiones ibéricas, mucho menos radicales como consecuencia del retraso socioeconómico, clasista e ideológico peninsular, y la imprescindible atenuación de las aristas más avanzadas que exigía la persecución del Santo Oficio,
- La influencia de hechos históricos como la Revolución Industrial inglesa, la Revolución independentista norteamericana, la Revolución Francesa, o como el despotismo ilustrado ibérico, en acontecimientos continentales como: la Revolución de Haití y las guerras nacional-liberadoras iberoamericanas continentales, portadoras de la ideología liberal burguesa que se expande por todas las regiones —asumida con muy diverso grado de radicalismo— para convertirse en fundamento ideológico de posiciones independentistas, reformistas y en ciertas coyunturas, también de las posturas de los partidarios del *statu quo* colonial, independientemente de las actitudes asumidas ante la problemática esclavista. En el caso de Cuba, incluso la defensa de la anexión a los Estados Unidos tuvo fundamentos liberales en algunos ideólogos.¹²

En no pocas ocasiones, corrientes conservadoras en la América Latina tomaron del pensamiento moderno europeo elementos en que fundamentar sus posiciones filosóficas, éticas, filosófico-sociales y político-filosóficas. De otra parte, pensadores y tendencias que en Europa tenían un marcado carácter reaccionario, en el Nuevo Mundo desempeñaron un papel progresista. También en nuestro medio, especialmente en la evolución de los ideales nacional-liberadores y de emancipación humana, aparecen las huellas de corrientes que devinieron fuentes o influyeron en algún momento en la formación intelectual de los creadores de la ideología del proletariado, o fueron refutadas por ellos.¹³

En lo concerniente a Cuba, existen elementos históricos que diferencian el proceso de formación de la cultura nacional y de la ideología revolucionaria del resto de la América ibérica. Entre ellos, resultó importante el hecho de que no fue hasta la década del sesenta del siglo xix cuando surgió en el país una situación revolucionaria. Por tanto, mientras en el continente se desarrollaban las luchas liberadoras, o se instauraban las primeras repúblicas independientes, en la Isla del Caribe tenía lugar una lucha ideológica entre las diferentes corrientes políticas y sociales, y los pensadores más avanzados ponían los elementos que con mayor o menor espíritu crítico asumían del pensamiento moderno europeo en función de la crítica a la escolástica y al eclecticismo espiritualista francés, vía por la que indirectamente se producían las primeras críticas al sistema

colonial. Ello determinó que, a diferencia del resto de las colonias ibéricas continentales, donde este proceso había tenido lugar en la segunda mitad del siglo xviii, en Cuba, la radicalización de las ideas se expresara —en la primera mitad del siglo xix— en la filosofía, la ética y las ciencias particulares, y que en esa evolución se evidenciara la contradicción entre la índole revolucionaria de las ideas en estas esferas de la producción espiritual, lo relativamente progresista del pensamiento político reformista predominante,¹⁴ y la esencia reaccionaria de las ideas sociales, resuelta en el orden teórico por un profesor de filosofía devenido coyunturalmente figura política: el presbítero Félix Varela.

Semejante circunstancia no fue en nada ajena al hecho de que, inicialmente, la relación hombre-mundo fuera analizada a partir de los nexos cognoscitivos y valorativos, desde cuyo enfoque se avanza hacia el desentrañamiento de los nexos práctico-transformadores en pensadores como Varela, quien sustenta teóricamente el primer proyecto nacional-liberador y de emancipación humana fundamentado en el pensamiento europeo de la etapa revolucionaria de la burguesía que antecedió a la Revolución Francesa de 1789 o emanó de ella.

El proyecto independentista, antianexionista y antiesclavista vareliano proponía la eliminación, por la vía revolucionaria, de las relaciones esclavistas y de dependencia colonial existentes en el país, y fue expresión de los intereses de toda la nación, precisamente por su carácter radical, aunque para el presbítero eran los sectores dominantes en lo económico de la sociedad cubana, los que estaban en condiciones de encabezar las luchas políticas y de atraer hacia sus posiciones o neutralizar a los representantes del poder colonial: los hacendados cubanos —de una parte— y los comerciantes, parte del clero, el ejército y las autoridades coloniales inclusive, de origen peninsular —de la otra—, entre quienes consideraba el presbítero que existían intereses económicos comunes.

Tales intereses coincidían en sus aspectos esenciales clasistas con los de la burguesía a nivel internacional, en la etapa en que esta clase luchaba por el poder político, y se diferenciaban de los de las clases dominantes de la metrópoli en lo que concernía a la independencia o a las reformas del poder colonial, no aceptadas tampoco por los liberales españoles en uno u otro lado del océano.

Este conjunto de rasgos caracterizadores del proceso histórico real, en la Cuba colonial de la primera mitad del siglo xix, influyó necesariamente en las posiciones de los pensadores cubanos de la época, en múltiples aspectos; entre ellos, en la forma en que se plantearon teóricamente la conformación de una cultura nacional cubana, y la relación de esta con la cultura epocal, factor este último, importante en su surgimiento, sobre todo en las expresiones más elaboradas, y especialmente en la evolución ideológica de los sectores económicamente dominantes que aspiraban a compartir, al menos, el poder político con

España, desde posiciones reformistas, o de conquistarlo por medio de la revolución, sobre todo a partir de 1868.

Los términos electivo o ecléctico sirvieron indistintamente desde la segunda mitad del siglo ~~xviii~~, XVII en España y Portugal y desde mediados del xviii, en las colonias ibéricas, para denominar una nueva actitud o espíritu crítico ante el dogmatismo escolástico, primero desde posiciones reformistas para asumir más tarde la ruptura radical con la filosofía oficial del coloniaje. Al difundirse en América Latina el eclecticismo de Víctor Cousin, los pensadores cubanos, quienes consideraron a esta corriente como una vuelta a la escolástica expresada en un lenguaje pseudocientífico formalmente moderno, se vieron en la necesidad de establecer una clara distinción entre la postura asumida inicialmente por José Agustín Caballero y Félix Varela, quienes utilizaron estos términos en los títulos de los dos primeros textos filosóficos escritos en la Isla, y la escuela espiritualista cousiniana con la cual intentaron identificarlos sus epígonos en el país, a propósito de las polémicas filosóficas que tuvieron lugar entre 1838 y 1840, en las que José de la Luz y Caballero, discípulo de Varela, devino crítico demoledor de las posiciones conservadoras sobre diversos temas, entre los cuales la refutación de la obra de Víctor Cousin ocupó un lugar principal.

En realidad, para Luz, Félix Varela no había hecho otra cosa que asumir la forma tradicional de interrelación de las corrientes de pensamiento en su sentido progresista, y por ello considera que, en este aspecto, no se diferenciaba el profesor de San Carlos de pensadores ilustrados como Bacán o Descartes. Así lo proclama Luz en polémica abierta con los cousinianos de la Isla.¹⁵

Siguiendo la distinción metodológica que por primera vez establece Isabel Monal en nuestros días entre electivismo y eclecticismo¹⁶ para evitar la identificación del eclecticismo cousiniano con el espíritu o la actitud de los pensadores que inician en Cuba la crítica al escolasticismo desde posiciones reformistas o las revolucionarias de Varela, es posible afirmar que en Cuba, en la primera mitad del siglo xix, se dan las dos vías fundamentales de la evolución de las ideas a nivel planetario, enmarcadas en lo que Marx y Engels denominaron método metafísico para distinguirlo del dialéctico:

- La electiva: selección más o menos crítica de elementos considerados verdaderos, extraídos del conjunto de las corrientes de pensamiento más avanzadas de la época que pudieron ser difundidas en la América Latina por entonces, capaces de complementarse entre sí y de ser incorporadas mediante la fusión a una concepción más o menos novedosa que, como totalidad, podía resultar diferente y en ocasión hasta opuestas, al menos parcialmente, a sus fuentes de origen, proceso generalizado en la evolución de las tendencias progresistas y revolucionarias del pensamiento a lo largo de la evolución histórica de las ideas a nivel planetario.

- La ecléctica: suma o mezcla acrítica de presupuestos teóricos contradictorios entre sí, asumida por lo general en el devenir histórico, por pensadores conservadores que han expresado los intereses de las clases dominantes devenidas reaccionarias, para producir de hecho una vuelta al pasado, valiéndose de la renuncia a toda teoría mediata, de la adaptación sin principios a cada nueva corriente de moda, sin distinguir las tareas fundamentales ni las necesidades constantes en una coyuntura histórico-concreta, y asumiendo como totalidad, corrientes antagónicas para resaltar por lo general elementos ya superados.¹⁷

La influencia en Cuba —y en la América Latina— de las corrientes filosóficas y políticas de la burguesía europea tanto de su etapa revolucionaria como conservadora, no obedeció a los dictados de la moda, la oposición a la escolástica y las vías reformista, independentista y aun anexionista, de buscar solución a la problemática del cambio de las relaciones coloniales y esclavistas por parte de los hacendados cubanos; se movieron en los marcos del interés por compartir o conquistar el poder político, dentro del modelo social capitalista de libre competencia en desarrollo en la época de las revoluciones burguesas. Las diferencias fundamentales con relación al liberalismo partían de la dependencia colonial de los países latinoamericanos, cuya modificación, reformista o radical, no convenía a los intereses de la burguesía de las metrópolis. Todo ello influyó en el espíritu crítico en la asunción de las ideas modernas, que devino en sí mismo proceso que avanza hacia posiciones cada vez más radicales.

En 1868, el proyecto independentista y abolicionista vareliano fue plasmado en la práctica revolucionaria desde posiciones más radicales — las jacobinas de la segunda fase de la Revolución Francesa y en el modelo republicano de los Estados Unidos—, por el sector menos rico y más avanzado de los hacendados cubanos, aunando en un mismo movimiento los ideales nacional-liberadores y de emancipación humana (en este caso, en su expresión histórico-concreta: el antiesclavismo), hecho al que no es ajeno su tardío inicio. La interrelación de la revolución política y social constituirá, en lo adelante, un rasgo característico de las sucesivas etapas de las luchas del pueblo cubano por su independencia. A partir del inicio de la primera revolución anticolonial cubana, el pensamiento político y social marcó el rumbo de la radicalización de las ideas, y los nexos hombre-mundo fueron abordados, esencialmente a partir de las relaciones práctico-transformadoras, desde las cuales se incursiona en las cognoscitivas y valorativas.

En el curso de la primera contienda contra España, cambió radicalmente la estructura de las fuerzas revolucionarias. La función directriz pasó a manos de las capas y clases explotadas que tuvieron como líderes y jefes militares a hombres salidos de su seno como Máximo Gómez y Antonio Maceo. Desde finales de la guerra, la *sui generis* burguesía

cubana asumiría definitivamente una postura contrarrevolucionaria (ver: Aguirre, S. 91).

Correspondió no por casualidad a un líder revolucionario —José Martí, salido del seno de esas masas humildes— elaborar y poner en práctica el proyecto más radical y avanzado de las luchas independentistas y por la justicia social en Cuba y en la América Latina en el siglo xix que, por primera vez en la historia de la mayor de las Antillas, se concibe, en primer lugar, a partir de los intereses de los explotados, desde una perspectiva no sólo anticolonial, sino principalmente antiimperialista y antineocolonial

La obra martiana de la etapa de madurez de su pensamiento (a partir de 1886-1887) constituye el antecedente más inmediato de una nueva visión clasista en el análisis de la historia y la realidad presente de los pueblos latinoamericanos, en nada ajena a la capacidad de Martí para analizar críticamente las corrientes de pensamiento sociofilosófico, político y social sobre todo, que conoció y estaba en condiciones asimilar, a partir del desentrañamiento de la realidad social de su época, mediante un nuevo método de análisis de la sociedad en extremo realista, a lo que contribuyen no sólo su inteligencia y su extraordinaria sensibilidad humana —no casualmente es uno de los grandes poetas de su momento en lengua española— sino, los avatares de su vida de exiliado revolucionario (iniciada cuando apenas había cumplido los 17 años, luego de haber sido condenado a presidio por su participación en el movimiento de laborantes

†.

La estancia de Martí en España, Francia, varios países latinoamericanos y sobre todo en los Estados Unidos durante los tres primeros lustros del tránsito del capitalismo a su fase imperialista, le permite una visión omniabarcadora de la sociedad de su época y su devenir en su movimiento interno, gracias a la aplicación consecuente del método de análisis de la sociedad que elabora, sustentado en la historia y la política, con sus mediaciones culturales, que mucho tendría que ver con la evolución acelerada de sus ideas, sobre todo a partir de 1887, en que se inicia la etapa de madurez de su pensamiento (ver: Monal, I. 140).

Precisamente por todo lo anterior, Martí no se queda en los límites del electivismo en el sentido que a este término diera Luz en las primeras décadas del siglo xix, y mucho menos en la acepción espiritualista cousiniana. Martí es un *escogedor* del mismo modo que lo han sido los pensadores que han marchado en la línea del progreso a lo largo de la historia del pensamiento en Cuba, la América Latina y a nivel planetario. Pero no es sólo la fusión de elementos no contradictorios de diferentes fuentes del pensamiento burgués más avanzado —como lo habían hecho sus predecesores en la Isla desde José Agustín Caballero—; lo que caracteriza su obra es, además, la “confrontación y experimentación” de ideas procedentes de la tradición nacional y continental que venía conformándose (mediadas ya por entonces por las luchas revolucionarias y por las corrientes de pensamiento que influyeron en esta tradición,

adecuadas en buena medida a las condiciones histórico-concretas por los antecesores de Martí de este lado del mundo), y las que penetran en la segunda mitad de la centuria, entre las que hay que incluir el positivismo, el historicismo hegeliano y el populismo norteamericano, y las que surgen en el movimiento obrero: reformismo, anarcosindicalismo y el socialismo utópico.

Lo más significativo de este proceso en Martí es, sobre todo, el profundo análisis crítico y creador al que somete a estas corrientes, desde la perspectiva de la elaboración de un proyecto revolucionario y un ideal de república, a partir de los intereses de las masas humildes, que culmina en la ruptura con el liberalismo precedente. Para ello le resultaba imprescindible el desentrañamiento de aspectos esenciales de la realidad social de su época —tanto nacional como internacional— desde una perspectiva en la que se advierten elementos que apuntaban hacia una visión de la sociedad en el presente; la historia real de este proceso y su expresión en las ideas, que incluía el vislumbre a nivel empírico —entre otros elementos novedosos en el ámbito del pensamiento cubano anterior— de la existencia de leyes internas del movimiento social y de lo que denominó evolución del espíritu humano, de una nueva interacción causa-efecto, necesidad y casualidad, fenómeno y esencia, cuyos efectos la voluntad humana no podía impedir, aun cuando no pudieran ser analizados al margen de la actuación de los hombres y sus motivaciones individuales y de grupos tanto etnoculturales como clasista. Si bien tales atisbos no le permitieron —dado el desarrollo lógico histórico del pensamiento y de la sociedad en el momento en que le tocó vivir en este lado del mundo— alcanzar las esencias más profundas del movimiento histórico y de la relación hombre-mundo y sus leyes, fue capaz de descubrir no pocos de los rasgos del imperialismo —cuando apenas se iniciaba como fase superior del capitalismo—, aunque sin alcanzar a conocer el contenido de las leyes de su surgimiento y desarrollo y las esencias más profundas de este fenómeno.¹⁸

El resultado fue una nueva síntesis, un nuevo y creador modo de pensar los problemas y las soluciones políticas y sociales —en lo que se refiere a los aspectos más avanzados de sus ideaciones: el democratismo antiimperialista profundamente revolucionario, que devino ruptura y superación del liberalismo de corte enciclopedista y positivista precedente y contemporáneo a su obra revolucionaria sin que por ello deje de influirle—, marco en el que se habían desarrollado los proyectos más avanzados de los sectores dominantes en lo económico en Cuba y en el continente hasta entonces.

Las ideaciones martianas más radicales, por tanto, no solo no podían coincidir con las aspiraciones de la *sui generis* burguesía cubana finisecular, devenida contrarrevolucionaria al asumir posiciones autonomistas o anexionistas; sino, además, se diferenciaron en aspectos esenciales de las posiciones progresistas iniciales del reformismo —y en menor medida—, del independentismo antianexionista y antiesclavista

vareliano, y aun del ideario del 68. Para Martí, el sujeto multclasista que exigía la revolución política —nacional-liberadora— sin excluir a ningún sector social, debía incorporar al naciente proletariado —la clase social que considera más confiable si de lucha por la independencia se trata— y a los grupos etnoculturales tradicionalmente discriminados, a partir de la idea clave en el contexto cubano de que deben ser las masas humildes el jefe de la revolución nacional-liberadora, cuyo antecedente hay que buscarlo en el ideario de Maceo.

Del mismo modo novedoso en lo que se refiere a Cuba, considera que la igualdad política, legal y racial y etnocultural, debía tener como fundamento la igualdad social basada en la distribución equitativa del producto del trabajo y en la propiedad social de la tierra y los servicios públicos, aspectos que distinguieron al proyecto revolucionario que concibe y comienza a poner en práctica, del que iniciaron los patriotas cubanos en 1868, en el orden social y económico. A juicio de Martí, la guerra misma debía dar origen a una república de equilibrio interno, capaz de frenar la expansión imperialista, siempre y cuando tales repúblicas se instauraran también en el continente —como elemento decisivo para alcanzar la unidad de sus pueblos— y poder enfrentar así al enemigo común, el imperialismo norteamericano.

El democratismo antiimperialista martiano abre el camino hacia nuevos cambios de calidad en la evolución de los ideales nacional-liberadores y de emancipación social que tendrían lugar en el siglo xx —acorde con las nuevas condiciones históricas nacionales e internacionales—, en la misma medida en que sirvió de punto de partida en la formación ideológica de las nuevas generaciones de revolucionarios y contribuyó a que estas se orientaran hacia la búsqueda, en el pensamiento de nuestra época, de las concepciones más avanzadas que, por ello mismo, podían dar respuesta a nuevos problemas, o a aquellos que aun no se había desarrollado suficientemente a fines de la aquella centuria, a partir de la historia y las tradiciones nacionales y continentales progresistas y revolucionarias, sometidas en ambos casos a una reelaboración crítica y creadora, cuyo momento culminante fue la articulación de la ideología del proletariado con lo más radical del ideario martiano.

La creación de un método de análisis de la sociedad —el histórico-político (ver: Monal, I. 140) con sus mediaciones socioculturales— fue un importante paso en la radicalización de las ideas martianas, porque los resultados de su aplicación al análisis de la sociedad de su época, devinieron fundamento del proyecto revolucionario y del ideal de sociedad que concibe Martí, y porque, aunque diferente en aspectos esenciales a la concepción materialista de la historia, este método le permitió una visión en extremo realista de la sociedad de su época, del cual se derivaron ambos proyectos. En ese contexto, las soluciones propuestas por Martí a los principales problemas de Cuba y la América Latina finiseculares —aun no resueltos en el continente— fueron las más revolucionarias posibles entonces. Por ello mismo, tales soluciones, si bien tuvieron que ser

modificadas en las nuevas condiciones históricas del siglo xx, pudieron constituirse en sus aspectos más avanzados —en punto de partida del proyecto nacional-liberador y de la concepción humanista de la sociedad, fundamentada en la justicia social para los humildes y por tanto—, en elemento articulador por excelencia de un proyecto revolucionario y un modelo de sociedad concebidos, por los fundadores de la ideología del proletariado en Cuba y en el continente, a partir del análisis de la sociedad desde la concepción materialista de la historia. Ante los revolucionarios cubanos del siglo xx se imponía, no obstante, la inversión del método histórico-político martiano mediante la asunción de una concepción del mundo, y en especial de la historia, dialéctico materialista.

Entre los aportes más significativos del método histórico-político martiano, habría que señalar los siguientes:

- La formulación más completa en el siglo xix de la relación entre lo nacional y lo internacional, lo general y lo específico, en la formación cultural de los pueblos que atraviesan por estadios de progreso ya superados por los más desarrollados y que coexistían geográfica y epocalmente, a partir de la búsqueda de soluciones propias a problemas propios, a la hora de asimilar teorías y experiencias foráneas, lo que implicó la constatación de la existencia en la llamada civilización occidental, según Martí, de dos culturas correspondientes a dos fases diferentes de la evolución de la humanidad: la feudal y la capitalista, y la necesidad de los pueblos naturales de ponerse a la altura de la cultura de la época histórica, sobre la base de una concepción multilateral y omniabarcadora del progreso
- La importancia esencial de la historia como historia de la cultura —en sus funciones de ciencia que devela las leyes que determinan el devenir humano, ajenas a la voluntad de los hombres, pero relacionadas con las que rigen la evolución del espíritu humano, concebido formando parte de la naturaleza—, como memoria histórica, que contribuye a formar sentimiento y valores patrios, y como arma ideológica en la lucha por la liberación nacional y la emancipación humana.
- La cultura como resultado del trabajo físico e intelectual, y como medida de la autoformación del hombre en tanto sujeto de la historia, la cultura misma en la significación más amplia de este concepto y las transformaciones de la sociedad vista como totalidad cultural.
- La política en sus nexos con la economía como ciencia y arte: si es revolucionaria debe estar sustentada en la historia, ser capaz de combinar los factores diversos y opuestos de un país para el bienestar interior y de salvarlo de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos.
- La revolución como hecho cultural protagonizado por las masas humildes que deben ser cultas para poder dirigirla, concebida como una de “...las formas de la evolución, que llega a ser indispensable en

las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas, los factores opuestos que se desenvuelven en común” (Martí, J. 75. t. 4, p. 229).

- La distinción entre revolución política —necesaria en los pueblos naturales— y revolución social —originada por el choque violento entre las clases: capital y trabajo— inevitable en los pueblos históricos como consecuencia del surgimiento del imperialismo. No hay que olvidar que Martí concibe el imperialismo como anomalía del progreso (desarrollo), y por ello mismo, tal vez evitable —aunque no niega que llegue a ser necesaria— en los pueblos naturales, si no se alcanza la justicia social para los humildes por vías más “humanas”.
- La identificación en la evolución histórica de los Estados Unidos, de dos momentos bien diferenciados: la etapa inicial de la democracia jeffersoniana, y la etapa de los monopolios, y de dos naciones —dos culturas de hecho— antagónicamente contradictorias, cuyo enfrentamiento hacía inevitable la revolución social; pues “...si por los medios legales no se acude a las causas del mal [...] si no se atiende a contener los daños públicos que evidentemente nacen de la acumulación del territorio y los derechos nacionales en compañías privadas, prosperará esta nación de obreros en la sombra, y acabará por ofrecer batalla a la nación legal de propietarios” (Martí, J. 75, t. 11, p. 167).

Lo avanzado de tales concepciones para su época y lugar resulta mucho más evidente si se tiene en cuenta que Martí no alcanzó a conocer las obras fundamentales de Marx, aunque mostró sus simpatías hacia él por haberse puesto del lado de los humildes, si bien antes de la etapa de madurez de su pensamiento le reprochó el alentar el enfrentamiento de unos hombres contra otros —la lucha de clases— que terminaría por considerar inevitable en los pueblos históricos.

Por otra parte, las ideas vinculadas al descubrimiento de parte de la esencia del fenómeno imperialista cuando este apenas se iniciaba, y los nexos entre cultura, sistemas sociales e intereses económicos, resultaron anteriores a los estudios de Lenin sobre la etapa superior del capitalismo y del carácter clasista de la cultura. Martí, por tanto, avanza en esta dirección hasta donde se lo permitieron las condiciones histórico-concretas y su desconocimiento de las leyes que regían la evolución histórica de la humanidad y el surgimiento y desarrollo del capitalismo como sistema.

Ello explica el hecho de que, siendo un hombre de su tiempo, pudiera trascender al nuestro, aun cuando le resultara imposible eludir los límites históricos y gnoseológicos de su época en la América Latina. De esta situación emana también la avanzada concepción martiana de una sociedad humanizada (en cuyo contexto hay no pocos elementos que vinculan sus ideaciones con el humanismo socialista), que aspiraba a poner en práctica a partir de un ideal de república que, por las condiciones

históricas nacionales e internacionales, no podía sobrepasar los límites del capitalismo como sistema mundial.

No se equivocó Martí al alertar a los pueblos latinoamericanos sobre la inminencia del peligro imperialista, ni en cuanto a la relación que este fenómeno tenía con el devenir histórico de los Estados Unidos y la violencia de la lucha de clases en el país. Pero la historia marchó por otros rumbos, toda vez que no estaban creadas las condiciones para la unidad latinoamericana y tampoco para la implantación de repúblicas democráticas y antiimperialistas. Medio siglo de lucha y dos revoluciones antineocoloniales fueron necesarias en Cuba para que la sociedad humanizada a la que aspiraba pudiera asentarse en una república que tuvo que proyectarse hacia el socialismo como una necesidad histórica. Pero en las ideas martianas estaban los asideros teóricos y práctico-revolucionarios para la articulación con ~~de~~ la ideología del proletariado como un proceso lógico natural, cuya esencia revolucionaria se fue develando en la misma medida en que se analizaron sus ideas a partir de la concepción materialista de la historia.

Entre las nuevas concepciones que el marxismo y el leninismo aportaron a sus fundadores en Cuba y que venían a continuar, superándolos, los geniales atisbos martianos, habría que destacar:

- El enfoque de la historia, en especial de Cuba, a partir de la teoría de las formaciones económico-sociales y la lucha de clases como su motor impulsor.
- La ampliación y profundización en los nexos esenciales entre política e intereses económicos a partir de la comprensión del factor económico como determinante sólo en última instancia.
- La visión de la sociedad como totalidad sociocultural, mediante la interrelación de base y superestructura y las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción.
- La teoría de las formaciones económico-sociales y la visión del imperialismo no como una anomalía del progreso, sino como fase superior del desarrollo del capitalismo. cuyo advenimiento estaba también regido por leyes no determinadas por la voluntad de los hombres, y el develamiento del contenido de esas leyes.
- La clase obrera no sólo como la clase más confiable en las luchas nacional-liberadoras, sino como núcleo estructurador principal y fuerza directriz de la revolución de liberación nacional.
- La transformación ininterrumpida de la revolución nacional-liberadora en socialista, por exigencia de los nuevos tiempos, y como único camino para la instauración de un proyecto humanista que garantizara la justicia social plena para los humildes.
- La igualdad económica como fundamento de la social, política, legal y etnocultural, y el respeto a la dignidad plena del hombre.

Son precisamente lo avanzado del pensamiento martiano y las condiciones históricas nacionales e internacionales del siglo xx, dos de los factores esenciales que determinan la especificidad de la inserción del marxismo y el leninismo en la cultura cubana y latinoamericana. Hasta el momento, el término que nos ha parecido más adecuado a un grupo de investigadores del Instituto de Filosofía para conceptualizar esta forma específica de interinfluencias entre las tradiciones revolucionarias, en especial el pensamiento martiano y la ideología del proletariado, es el de articulación, entendido como medio de plasmación de un proceso lógico-natural en la evolución de las ideas revolucionarias, en el cual se evidencia la existencia de nexos de continuidad, ruptura y superación, determinados en última instancia por el predominio, como contradicción principal del proceso histórico, ~~de la la de~~ colonia-metrópoli, devenida en el siglo xx imperialismo-neocolonia,¹⁹ de cuya solución han dependido la forma y el momento en que las contradicciones fundamentales, las socioeconómicas, han podido ser resueltas en Cuba,²⁰ a diferencia del resto de las ex colonias europeas en América Latina y el Caribe donde aún subsisten.

Como es sabido, el proceso nacional-liberador cubano se extendió a lo largo de más de un siglo, en cuyo devenir la solución a la contradicción principal exigió dos revoluciones contra la dominación española y dos revoluciones antiimperialistas que, al tener lugar en diferentes momentos históricos nacionales e internacionales, requirieron respuestas diferentes a contradicciones socioeconómicas y clasistas distintas, que se plasmaron en diversos modelos de sociedad. Del mismo modo evolucionaron los fundamentos teóricos e ideológicos en que se sustentaron el proyecto revolucionario mismo y el modelo de sociedad al que se aspiró en cada una de las etapas de un proceso que, por su esencia nacional-liberadora, ha sido considerado justamente como continuo, ininterrumpido.

De ahí que el concepto de articulación distinga en este proceso evolutivo lógico-natural como nexos de continuidad, la lucha nacional-liberadora, y como nexos de ruptura y superación, los objetivos socioeconómicos, y las fuerzas directrices de la revolución, la estructura clasista del sujeto revolucionario, como factores condicionantes en última instancia.

El concepto de articulación delimita, pues, lo específico de la inserción de la ideología del proletariado en la cultura nacional y continental, que se expresa en la posibilidad de acceder al marxismo y al leninismo desde el pensamiento martiano —como factor sistematizador, sintetizador y superador de las tradiciones revolucionarias precedentes— por los nexos de continuidad del democratismo antiimperialista y la ideología del proletariado en diversos planos del desarrollo de las ideas, ante la necesidad de buscar soluciones nuevas a problemas nuevos. La existencia de circunstancias histórico-concretas diferentes, implicó necesariamente la presencia de nexos de ruptura y superación entre dos concepciones distintas en aspectos esenciales de carácter socioeconómico, clasista, cosmovisivo y metodológico que, por todo lo expuesto hasta aquí,

no obstante, no llegan a ser antagónicamente contradictorias en sus objetivos políticos.

Todo lo anterior nos permite afirmar que con la obra escrita y práctico-revolucionaria de José Martí, estamos en presencia en Cuba y en la América Latina, del inicio del proceso de formación de un nuevo tipo de intelectual revolucionario (orgánico, al decir de Gramsci) cuyo momento cimero tendrá lugar en el siglo xx, en aquellos que, siguiendo su ejemplo, devendrían intérpretes de los intereses del proletariado y de las clases y sectores sociales explotados que constituyen sus aliados naturales. No se trata, pues, de que el proletariado recibiera en Cuba como herencia el ideario martiano, al estilo en que Marx, Engels y Lenin, conceptualizaron los nexos entre las ideas más radicales del pensamiento premarxista y la cultura proletaria. Como herencia, en este sentido marxista y leninista, la clase obrera cubana asume las tradiciones nacionales revolucionarias, desde Varela hasta el pensamiento del 68, que Martí sistematiza y supera creadoramente. Se trata de que la continuidad de lo más avanzado de las concepciones martianas tenía que desembocar en la ideología de la clase obrera por necesidades históricas y teórico-ideológicas, toda vez que en esas concepciones había no pocos elementos que devinieron antecedentes del marxismo y del leninismo en la producción espiritual cubana y latinoamericana.

Un estudio de la evolución del ideal nacional-liberador y de emancipación humana en Cuba —y en la América Latina— en el siglo xx, y su lugar en el proceso de formación de la identidad cultural y nacional cubanas, desde la perspectiva de los nexos entre las tradiciones progresistas y revolucionarias y la ideología del proletariado mediante su articulación con el ideario martiano exige:

- La lectura y relectura de las obras de Marx, Engels y Lenin y de sus más significativos continuadores en Cuba, en América Latina y en otras latitudes —desde la óptica del deslinde entre las concepciones que mantienen su valor teórico en los planos ontológico, gnoseológico, epistemológico y metodológico—, y las ideaciones que han resultado superadas por el ulterior desarrollo de las ciencias particulares o la propia filosofía marxista y leninista, incluso en las obras de los clásicos. Esta relectura crítica y creadora resulta particularmente necesaria en el caso de las ideaciones vinculadas al análisis de situaciones histórico-concretas de carácter coyuntural sobre todo; de pronósticos sobre las posibilidades del ulterior desarrollo histórico que no se cumplieron o resultaron erróneas; de interpretaciones o valoraciones equivocadas sobre figuras y acontecimientos históricos o procesos sociales para cuyo análisis no contaron inicialmente con suficiente información (ver: Monal, I. 139).
- Tener en cuenta el desarrollo ulterior de aspectos de la teoría que los clásicos no abordaron o no pudieron analizar en toda su dimensión y

profundidad, que resultaron con posterioridad objeto de estudio de sus continuadores.

- El reanálisis, a la luz de la realidad contemporánea de las tradiciones y la historia nacional y continental, especialmente su expresión en la obra martiana, para distinguir los aspectos que por su carácter radical y avanzado para su época podían inducir a sus continuadores en el siglo xx, formados inicialmente bajo la influencia de su ideario, a asumir la ideología del proletariado.
- El estudio comparado de las ideaciones y la práctica revolucionaria martianas con el pensamiento y la acción de los fundadores de la ideología del proletariado en Cuba, y muy especialmente en la América Latina; en este último caso porque al no haber tenido con Martí la misma relación que aquellos que vivieron y actuaron en su mismo medio ambiente histórico —aunque en momentos distantes en el tiempo— y accedieron con más facilidad a sus concepciones, los puntos de vista coincidentes permiten esclarecer con mayor precisión desde el punto de vista lógico, los nexos de continuidad, ruptura y superación.

***La articulación en los pensadores y líderes
revolucionarios cubanos del siglo xx:
presupuestos generales del análisis***

El estudio de las ideas de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, Raúl Roa, Pablo de la Torriente, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, Fidel Castro —entre otras figuras cimeras de las luchas nacional-liberadoras y de emancipación social del siglo xx— y de latinoamericanos de la significación de José Carlos Mariátegui y Ernesto Guevara, desde las perspectivas de la articulación de las tradiciones revolucionarias sintetizadas por Martí y la ideología del proletariado, ha partido de un conjunto de presupuestos generales que permiten develar el lugar y el papel desempeñado por la ideología del proletariado en su devenir en el siglo xx, y por este camino, la medida de su enraizamiento en la cultura nacional y continental. Entre estos presupuestos habría que destacar los siguientes:

- En Cuba el acceso a la ideología del proletariado estuvo mediado por la influencia de las ideas y la acción revolucionaria de José Martí, cuya obra fue el punto de partida en la formación revolucionaria de las figuras de las luchas nacional-liberadoras de este siglo, lo cual constituye una regularidad en la evolución del ideal nacional-liberador y de emancipación humana.
- La interrelación del marxismo y el leninismo con las tradiciones nacionales y continentales revolucionarias, no podía producirse a partir de la fusión ecléctica —suma o mezcla mecánica y acrítica— sino a

partir de una nueva vía: la articulación que, insertada en los marcos de la selección de elementos no contradictorios que han servido de punto de partida al surgimiento de las nuevas corrientes de pensamiento progresista y revolucionario a lo largo de toda la historia de las ideas a nivel planetario, plasma conceptualmente las especificidades de este proceso en el siglo xx.

- Esta evolución en el caso de Cuba implicó la ruptura radical con el pensamiento liberal burgués a partir del democratismo antiimperialista martiano, en tanto nueva visión creadora de la problemática política y social vinculada a los intereses objetivos, medios y fines de las masas humildes.
- La fundación de la ideología del proletariado en Cuba y en la América Latina ha tenido, como uno de sus factores esenciales, la contradicción entre la influencia de interpretaciones vulgarizantes de las concepciones de los clásicos y de algunos de sus más destacados continuadores, y el interés de los fundadores y sus seguidores más preclaros, de rescatar la esencia creadora del marxismo y el leninismo como guía para la comprensión y transformación de la sociedad.
- En el proceso de articulación de la ideología del proletariado y el pensamiento martiano más avanzado, ha estado presente la tesis mariateguiana, que plantea: el marxismo en América no puede ser ni “calco ni copia”, sino “creación heroica”.
- El afán por rescatar y reinterpretar desde posiciones marxistas y leninistas lo más radical de las tradiciones nacionales y continentales ideológico-culturales revolucionarias y la historia real, contribuyó a que las figuras cimeras del marxismo y el leninismo en el mundo latinoamericano avanzaran hacia esa esencia creadora de la ideología del proletariado, y pudieran enfrentarse a errores y limitaciones teóricas y práctico-revolucionarias que de una u otra forma estuvieron presentes en su historia.
- En la misma medida en que se alcanzó un mayor conocimiento de la teoría marxista y leninista, sus fundadores y continuadores estuvieron en condiciones de develar la esencia revolucionaria de las tradiciones nacionales y continentales, de reinterpretar la historia desde posiciones objetivas y ponerlas en función de la lucha revolucionaria, en tanto ciencia, memoria histórica y arma de combate, tal y como fuera concebida por Martí y por los creadores de la ideología del proletariado.
- El desentrañamiento de los aspectos esenciales del proceso de articulación de las tradiciones ideológico-culturales revolucionarias nacionales y continentales y la problemática de la historia de la cultura a partir de su fundación en nuestras tierras —sobre todo si se tiene en cuenta que la influencia de este nuevo elemento en la compleja problemática de la identidad cultural— no se limitó a la esfera de las ideas filosóficas, éticas, filosófico-sociales, político-filosóficas y

económicas, sino que abarcó también la estética y la artístico-literaria, dejando huellas en las obras de no pocos escritores y artistas de significación nacional, continental y planetaria.

Un estudio de esta magnitud y complejidad exige un enfoque interdisciplinario y transdisciplinario, que contribuiría notablemente a destacar y analizar un aspecto tan importante en nuestra época de mundialización y globalización económica, amenazada por la unipolaridad política y la homogeneización de la cultura, como la existencia —en el siglo xx en América Latina— no sólo de una cultura de resistencia, sino sobre todo de lucha, heredera también de lo mejor de las tradiciones nacionales y continentales, esfera en la que tiene que estar presente la obra de José Martí.

El presente estudio no pretende ese enfoque omniabarcador de la identidad cultural cubana. Se propone analizar ciertos elementos de esta problemática en las esferas del pensamiento filosófico-social y político-filosófico, en algunas de las figuras más significativas de la fundación y desarrollo del marxismo y el leninismo en la Cuba del siglo xx, desde Mella y Villena hasta Fidel Castro y Ernesto Che Guevara, en aspectos específicos de la articulación de la ideología del proletariado y el pensamiento martiano en lo que concierne al método de análisis de la sociedad, y el humanismo, tomando como hilo conductor, la relación entre la historia, la cultura y la política, y el lugar y el papel de la subjetividad humana y las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad en los procesos revolucionarios de la pasada centuria.